Descartes es considerado el fundador del racionalismo moderno por su reivindicación de la razón como fuente del conocimiento humano, como garantía de su veracidad y como instrumento que habrá de permitir al hombre desvelar la realidad y adueñarse de ella y de su propio destino. Esa concepción, expresada en varias de sus obras mayores, como el *Discurso del método* o las *Meditaciones metafísicas*, es el tema monográfico del pequeño diálogo, no muy difundido, que aquí se presenta y cuyo título habla por sí solo: *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural*, es decir, la explicación cartesiana de cómo con la sola razón, sin recurrir al auxilio de los sentidos ni fundar sus argumentos en la autoridad atribuida a pensadores clásicos o a textos sagrados, un hombre juicioso puede buscar y hallar la verdad sin precisar otras luces que las propias, desplegando su innata capacidad de realizar demostraciones a partir de evidencias incuestionables. Es la única obra de Descartes escrita en forma de diálogo, en el que tres personajes imaginarios (Eudoxo, Epistemón y Poliandro) desgranan en amena conversación los principales tópicos de la filosofía cartesiana —duda metódica, *pienso luego soy*, verdad de nuestros pensamientos sobre la realidad exterior a la mente...— en pos de lo que parece máxima pretensión del autor, la autonomía de la razón en su proceder y, con ella, la libertad del hombre. De esta forma Descartes se sitúa en un lugar preeminente no sólo de la ciencia y la filosofía de la incipiente Modernidad, sino en el camino de ésta hacia la libertad en el pensar y en el existir de una humanidad orgullosa de su razón.

ISBN 978-84-8367-200-6
www.krkediciones.com

RENÉ DESCARTES — LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD MEDIANTE LA LUZ NATURAL

10

KRK

RENÉ DESCARTES

La búsqueda de la verdad mediante la luz natural

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN DE JUAN Á. CANAL

KRK
CUADERNOS DE PENSAMIENTO

Rene Descartes

Nació en 1596 en la región francesa de Turena, en una pequeña localidad entonces llamada La Haye y que hoy lleva el nombre del filósofo. Su familia le proporcionó una cómoda situación económica, permitiéndole subsistir durante toda su vida sin especiales preocupaciones materiales y dedicarse al estudio y la creación de su importante obra filosófica y científica. De las tres etapas que pueden contemplarse en su biografía, la primera llega hasta la veintena y es la de su sólida formación intelectual, en la que el episodio decisivo fueron los años pasados en el prestigioso colegio real de La Flèche, regentado por los jesuitas, tras lo cual estudió Derecho en Poitiers. La segunda etapa, hasta la edad de treinta y tres, es la más agitada en la vida de Descartes: vivió algún tiempo en París, viajó por distintos lugares de Europa, ejerció la profesión militar y participó en la Guerra de los Treinta Años —conflicto en que se proyectaron las tensiones religiosas entre católicos y protestantes, asunto que no puede perderse de vista al leer la obra del filósofo—. La fase de madurez, entre 1629 y 1649, la vivió Descartes casi totalmente en los Países Bajos, territorio que consideró más apacible, seguro y tolerante con la innovación científica que el de su Francia natal; en estos años se gestó o editó la mayor parte de su obra como geómetra, físico estudioso de la luz, teórico del conocimiento y metafísico. Los últimos meses de su vida transcurrieron en Estocolmo, adonde fue convocado por la reina Cristina de Suecia; allí lo sorprendió la muerte en 1650.

KRK EDICIONES
CUADERNOS DE PENSAMIENTO, 10

Consejo editorial:
Juan Á. Canal
Ricardo Menéndez Salmón
Ramón Punset Blanco
Luis Manuel Valdés Villanueva

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: INMACULADA FERNÁNDEZ BENITO
COMPAGINACIÓN: MARTA VIGIL LAGRANDA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: CELESTE SÁNCHEZ MARTÍNEZ

RENÉ DESCARTES

La búsqueda de la verdad mediante la luz natural

Traducción e introducción de JUAN Á. CANAL

KRK EDICIONES • 2009

TÍTULO ORIGINAL:

La recherche de la verité par la lumière naturelle

© de la traducción e introducción, Juan Á. Canal
© de esta edición, KRK ediciones
Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo
www.krkediciones.com
ISBN: 978-84-8367-200-6
D.L.: AS-2823/2009
Grafinsa. Oviedo

Índice

INTRODUCCIÓN, por Juan Á. Canal 7

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD MEDIANTE LA LUZ NATURAL 47

Juan Á. Canal
Introducción

Libertad de la razón, razón de la libertad

Yo creo que el cristiano, en algún lugar de su fe, se descubre exaltado en su razón, en su actividad terrena, y no como un juguete en manos de su creador. Dios me ha hecho libre.[1]

Entre los encasillamientos que, de manera a menudo esclerótica, propicia la tradición historiográfica —al menos en historia de la filosofía—, el de René Descartes[2] es uno de los más tópicos y conocidos: sabio, medroso, «racionalista», soñador, matemático, pionero del «cogito» y la duda metódica, *genio trazador de abscisas y ordenadas... Todo ello*

[1] Jean-Claude Brisville, *Encuentro entre Descartes y el joven Pascal*, Trifaldi, Sevilla, 2008, págs. 36-37. En esta reciente pieza teatral, el personaje Descartes replica así a su imaginario interlocutor.

[2] René Descartes nació en 1596 en La Haya, localidad francesa de la región de Turena (hoy llamada en su honor «Descartes»), y murió en Estocolmo, donde se hallaba a petición de la reina Cristina de Suecia, en 1650.

hace que en el cliché más extendido de Descartes predomine, acaso por el sesgo mecanicista de algunas teorías suyas, su preferencia por el cálculo frente a la imprecisión, por el método frente a la improvisación, por el orden frente al caos, por el retiro frente al bullicio, por la ceñida expresión geométrica frente a la exuberante plástica del Barroco, por la prudencia frente a la osadía o sencillamente a la confrontación abierta..., en fin, por la necesidad antes que por la libertad. Y, sin embargo, la decisiva aportación cartesiana a la cultura occidental —que pocos discuten—[3] tal vez merezca un leve replanteamiento a la vista del breve escrito que aquí presentamos, el diálogo inconcluso que lleva por título *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural*, pieza no muy

[3] Por citar dos ejemplos de distinto signo pero inmenso ascendiente, tomaremos a Husserl y Russell. El primero lo considera «máximo pensador de Francia (...), las *Meditationes de prima philosophia* —dice— tienen, a mi juicio, una significación de eternidad (...) y trazan el prototipo de las meditaciones forzosas a todo incipiente filósofo, de las únicas meditaciones de que puede brotar originalmente una filosofía» (Edmund Husserl, *Meditaciones cartesianas*, F.C.E., Madrid, 1985, págs. 37-38). El segundo reconoce que Descartes «se esfuerza en construir un completo edificio filosófico *ex novo*, lo que no había ocurrido desde Aristóteles. Hay una frescura en su obra que no se encuentra en ningún filósofo eminente anterior, desde Platón» (Bertrand Russell, *Historia de la filosofía occidental*, Aguilar, Madrid, 1973, págs. 489-490).

conocida y sin duda menor en su obra, pero congruente con la misma y a nuestro juicio reveladora, siquiera por su singularidad estilística, de los propósitos del filósofo como auspiciador de la libertad individual.

1. ¿SE ESCONDE EL INDIVIDUO DESCARTES TRAS EL METAFÍSICO Y CIENTÍFICO DESCARTES?

Descartes es uno de los filósofos más conocidos dentro y fuera de los círculos especializados, conque la pretensión de estas líneas dista de ser la de añadir nueva pátina a su ya muy estudiada e interpretada obra; se trata, por el contrario, de recordar que en ésta se contienen, bajo la superficie que a primera vista hallamos en sus escritos, elementos y propósitos menos explícitos o visibles. Si decimos que vemos hombres cuando en realidad vemos tan sólo sus sombreros, ¿por qué no aplicar al filósofo su misma metáfora[4] y, desconfiando de apariencias tal vez engañosas, presumir que bajo los aspectos

[4] «Mas he aquí que, desde la ventana, veo pasar unos hombres por la calle; y digo que veo hombres, como cuando digo que veo cera; sin embargo, lo que en realidad veo son sombreros y capas, que muy bien podrían ocultar meros autómatas, movidos por resortes» (René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, KRK, Oviedo, 2005, edición de Vidal Peña, Meditación segunda, pág. 154).

gnoseológicos también se encierran en su obra, siquiera implícitamente, otras intenciones y aspiraciones?

Dos jalones históricos: la libertad espiritual en juego

Dos hechos, históricamente próximos y documentados, jalonan la vida y las cuitas cuando René Descartes ronda la cuarentena: la condena a Galileo por el Santo Oficio vaticano y la denuncia de Voëtius contra el propio Descartes por supuesto ateísmo. El primero, muy conocido, se produce en 1633, cuando el casi septuagenario astrónomo de Pisa es obligado a abjurar de sus tesis copernicanas y, particularmente, a renunciar a toda nueva publicación de su pensamiento.[5]

El segundo, desatado a partir de 1634, es la polémica con el teólogo calvinista Gisbert de Voëtius, holandés rector de la universidad de Utrecht, quien en

[5] La edición de su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, el aristotélico y el ptolemaico (*vid. infra*) desató la ira eclesiástica y del papado, que no sólo rechazó la supuesta soberbia del científico frente a la autoridad de la razón y sintió que se había ridiculizado al papa en la persona literaria de uno de los participantes en el diálogo, sino que reaccionó condenando lo que consideraba desobediencia y escarnio hacia un veto impuesto años atrás, en 1616, al atrevido Galileo Galilei.

1642 atribuyó carácter extrateológico a la idea de Dios expuesta por Descartes y, consiguientemente, denunció el ateísmo de éste.

Ambos hechos motivaron respuestas o comentarios epistolares de nuestro autor pero, sobre todo, condicionaron el devenir de su obra filosófica y de la proyección pública de ésta: el «caso Galileo», aconsejándole retener la edición pública de los tres tratados científicos a que el *Discurso del método* debía servir de prólogo, limitándose la publicación de 1637 sólo a ese *discurso* no exento de intenciones exculpatorias sobre cualquier posible sospecha de interferencia de sus especulaciones astronómicas en cuestiones morales o religiosas; el «caso Voëtius», reforzando su fastidio y amargura por las injerencias doctrinales o sectarias en la libre difusión y debate de las ideas filosóficas y científicas. Sea como fuere, ambos jalones muestran el difícil encaje de Descartes con quienes invocaban la autoridad espiritual para aherrojar la investigación libre: aunque él no fuera neutral entre los dos frentes religiosos —el catolicismo y el cristianismo reformado o «protestante»—, percibió que desde ambos se cuestionaba lo que, en buena medida gracias a su misma obra, denominamos hoy libertad de pensamiento.

Dos insinuaciones textuales: prudencia del espíritu libre

Hay, junto a esas concomitancias de la historia real en esa primera mitad del siglo XVII que Descartes vivió, dos breves apuntes textuales que insinúan un posible autorretrato del personaje. El primero procede de sus años jóvenes, en enero de 1619, cuando apenas contaba veintitrés, y ha dado lugar a una etiqueta frecuentemente asociada al personaje Descartes, la de «filósofo enmascarado»;[6] el segundo se expresa quince años más tarde, en abril de 1634, en la misma época de madurez del «caso Galileo» y los primeros tratos con Voëtius. Veamos.

Utilizando un símil teatral, dice de sí mismo Descartes para explicar su entrada en el escenario de la vida pública *larvatus prodeo*, es decir, *me presento enmascarado*[7] tras años de estudios y viajes. Desde sus

[6] Maxime Léroy, *Descartes: el filósofo enmascarado*, Imprenta Rubio, Madrid, 1930. Es éste uno de tantos ensayos sobre la obra cartesiana cuyo título, sin embargo, ha hecho fortuna para referirse a la discreción, a veces casi enigmática, del personaje histórico que fue Descartes y al peculiar modo en que a menudo presentó sus teorías.

[7] «*Ut comoedii, moniti, ne in fronte appareat pudor, personam induunt: sic ego, hoc mundi theatrum conscensurus, in quo hactenus spectator exstiti, larvatus prodeo*»: al igual que los comediantes, para evitar que en la frente se delate su timidez, se ponen una máscara, así yo, ahora que comparezco en el teatro del mundo, en el cual sólo he sido espectador hasta el momento, me presento enmascarado (en

primeros años, en efecto, Descartes parece guardarse de exhibir con transparencia sus sentimientos y sus pensamientos, sin duda porque recela de la acogida que habrán de tener, y tal vez así se explique su minuciosa respuesta a objeciones o su abundante producción epistolar, a menudo orientada a rebatir las interpretaciones que considera erróneas o perjudiciales para su seguridad y su calmado vivir. No es, sin embargo, sólo pudor o timidez, sino ausencia de libertad lo que le lleva a presentarse tras una máscara o careta.

A propósito de la condena a Galileo y tras decidir suspender la publicación de los textos científicos que seguían al *Discurso del método*, Descartes escribe a Marin Mersenne, el clérigo con quien mantuvo gran amistad y confianza, y le expresa así su decidida voluntad de mantenerse en segundo plano: «Mi deseo de vivir tranquilo y de proseguir la vida que he iniciado al tomar por divisa *bene vixit, bene qui latuit* hace que librarme del miedo por llegar a saber cosas que no deseo sea preferible a irritarme por haber perdido el tiempo en ellas».[8] Ese temor a las condenas y repre-

Henri Gouhier, *Essais sur le «Discours de la méthode», la métaphysique et la morale*, Vrin, París, 1973, pág. 292).

[8] La cita, levemente alterada, es de Ovidio, *Tristium, III, IV, 25:* «*crede mihi, bene qui latuit bene vixit*». Es decir, «hazme caso, quien bien se oculta bien vive»: verso que da continuidad a otro poco ante-

salias es, naturalmente, propio de quien echa de menos la libertad de hacer públicos sus razonamientos o de defender las conclusiones a que ellos lo conducen.

Una cuestión de estilo

El género dialogado, como más adelante comentaremos, tiene sus propias reglas estilísticas, principalmente atinentes a la brevedad de los pasajes, a la agilidad en la expresión de argumentos o sentimientos por los interlocutores, a la fuerte identificación entre los personajes y sus respectivas posturas y, sobre todo, al esquematismo de los razonamientos. De todo ello hay en *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural* pero, al margen de rasgos distintivos, es muy elocuente el mantenimiento por Descartes de una opción de estilo que se nos presenta en obras suyas de otros géneros como, de manera especial, ocurre en las soliloquiales y autobiográficas páginas del *Discurso del método* o de las *Meditaciones metafísicas*. Nos referimos a la afición cartesiana por el circunloquio, la amortiguación de las tesis[9] y la tibia envoltura de las insinuaciones críticas.

rior y no menos apropiado para el talante cartesiano: «vive para ti, y evita la gloria cuanto puedas» (Descartes, *Carta al padre Mersenne, abril de 1634* en *Oeuvres et lettres*, Ed. Gallimard, París, 1996, pág. 951).

[9] «Cartesianismo» ha llegado a ser, como se ha indicado al principio de esta presentación, sinónimo tanto de precisión como de claridad; no obstante, consideramos más apropiado lo primero —pues Descartes, que estudió y pulió lentes antes que Spinoza, se esmera siempre con el esmeril de la palabra—. En cuanto a lo segundo, nos parece que su estilo suele estar envuelto por cierto celaje.

Las lítotes fluyen, en efecto, continuamente de la pluma de Descartes, quien parece emboscar, bajo el elegante recurso que la lengua francesa provee al juego con las negaciones y las dobles negaciones, su auténtica intención semántica. No son, así, infrecuentes las ocasiones en que el lector se siente en la necesidad de pasar por el tamiz expresiones que, tras un primer impacto inocuo o trivial, levantan alguna sospecha de encerrar otro sentido, otra relectura distinta de aquella que en una ojeada inicial nos mostraba una sintaxis y un significado nítidos, cristalinos y simples tan sólo en apariencia. Descartes, el filósofo paladín de la claridad y la distinción,[10] resulta literariamente más oscuro y confuso que lo propugnado por su método: voluntad de dirigirse a iniciados e instruidos o, más bien, temor a ser desprovisto de su disfraz orto-

[10] El primer precepto metódico fue «no admitir nunca como verdadero algo que no conociese veraderamente que lo era; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención; y no comprender en mis juicios nada más que lo que se me presentara tan clara y distintamente a mi espíritu que no tuviese ocasión alguna para ponerlo en duda» (Descartes, *Discurso del método, parte 2.ª*, Ed. Gallimard, París, 1996, pág. 137).

doxo y dejar al descubierto sus convicciones heterodoxas y aun espiritualmente iconoclastas, lo innegable es que el estilo cartesiano deja su impronta en la filosofía y la literatura francesa. Puede que ese estilo se halle más influido de lo que el propio Descartes hubiera podido desear por el modo escolástico, frecuentemente elusivo, de aplacar criterios de autoridad antes de sopesar explícitos argumentos de razón, pero lo cierto es que, si tomamos su expresión al pie de la letra, es habitual hallar que el autor pone la venda antes de la herida, que atenúa, al desgranar sus frases, cualquier aserción..., salvo en las muy rotundas con que proclama la urgencia y fertilidad de la duda. He ahí al pensador que se siente acorralado y aspira a liberarse de la mordaza más o menos visible que se encierra en los prejuicios científicos, religiosos, doctrinales y filosóficos de su tiempo.

2. El diálogo truncado

Como antes hemos dicho, estamos ante una obra doblemente incompleta: primero, por haberse truncado las páginas salidas en francés de la pluma de Descartes, lo que en cierto modo fue suplido por Leibniz en latín;[11] segundo, porque tampoco la redacción leibniciana concluye los temas anunciados al principio y, de hecho, se interrumpe anunciando una continuación que no ha llegado hasta nosotros, en el supuesto de que Descartes llegase a escribirla en su momento. En todo caso, al anunciar expresamente en la obra, antes de dar la palabra a sus personajes, que la compondrán «dos libros», el autor deja indirecta constancia de que su propósito era de mayor amplitud y ambición que lo que finalmente se ha conservado.

[11] Véase página 74.

Este carácter inconcluso o truncado es, probablemente, la causa de la postergación que la obrita ha recibido a lo largo de cuatro siglos: llamada a ser una pieza de mayor difusión popular que otros textos del filósofo, su condición de inacabada ha constituido un indudable freno a esa popularización.

Características del diálogo

El diálogo como género filosófico tiene una antiquísima tradición y una prolongada estela posterior: desde la fundacional producción literaria de Platón,[12] pasando por Luciano[13] o ciertos autores del Renacimiento, como

[12] Sabido es que la práctica totalidad de su obra está formada por «diálogos», cuyo personaje principal suele ser Sócrates, portavoz literario de los puntos de vista de su discípulo, o sea, el mismo Platón.

[13] Luciano de Samosata, *Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos, Diálogos marinos, Diálogos de las cortesanas*, Alianza, Madrid, 1987

Campanella[14] o el contemporáneo Galileo,[15] hasta llegar a autores postcartesianos como Leibniz,[16] Berkeley,[17] Hume,[18] escenificar en una conversación el debate sobre alguna cuestión filosófica o científica candente ha constituido toda una tradición de género.

(edición de Juan Zaragoza). *Diálogos de tendencia cínica*, Nacional, Madrid, 1976 (edición de Francisco García Yagüe).

[14] Tomás Campanella, *La ciudad del sol*, *Zero-Zyx, Madrid (edición de Emilio García Estébanez). Hospitalario y Genovés.*

[15] Galileo Galilei, *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, Aguilar, Madrid, 1975 (edición de José M. Revuelta) y *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*, Nacional, Madrid, 1976 (edición de Carlos Solís y Javier Sádaba). La caracterización de sus tres interlocutores, Salviati, Sagredo y Simplicius, es una de las más llamativas: mientras el primero simboliza el espíritu científico y curioso por conocer verdades nuevas, el segundo se empeña en preservar la tradición religiosa y moral, y el tercero, en cuya ficticia boca Galileo puso, sarcásticamente, ciertas posturas torpes y anticopernicanas del mismísimo Papa Urbano VIII, representa al aristotélico dogmático y obtuso.

[16] Gottfried W. Leibniz, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, Nacional, Madrid, 1977 (edición de Javier Echeverría). Sus personajes, *Teófilo* y *Filaletes*, encarnan la contraposición entre quien es confiado partidario de Dios y quien lo es de indagar la verdad por su cuenta.

[17] George Berkeley, *Tres diálogos entre Hylas y Philonus*, Humanitas, Barcelona, 1983 (edición de Manuel Satué). Son sus personajes *Hylas* y *Filonús*, es decir, el símbolo del materialismo y el partidario del espiritualismo filosófico, respectivamente.

[18] David Hume, *Diálogos sobre la religión natural*, Aguilar, Madrid, 1976 (edición de Carlos Mellizo).

Es, no obstante, una tentativa curiosa y excepcional en Descartes, ya que toda su restante obra tiene un tono mucho más de libre confesión para sí mismo que de apología de ninguna clase de verdades medianamente aceptadas o demostradas. Generalmente, el autor escribe en primera persona; en el caso de *La búsqueda de la verdad...*, la escenografía del diálogo permite mayor campechanía y menor envaramiento, por un lado, y exhibe, por otro, una saludable cordialidad entre quienes, si se tuviera en cuenta el abismo cultural que los separa, difícilmente podrían entenderse. En definitiva, los temas y sus tratamientos son, en este diálogo, mucho más vivos y accesibles a la comprensión general que los más distantes relatos de otras obras.

El género dialogado connota, como tal, cierto aprecio por la libertad. Primeramente, porque —sea reproduciendo posturas adoptadas por escuelas o personas, sea construyéndolas *ad hoc*— reconoce que en el territorio de la libre reflexión los hombres pueden sostener ideas o teorías muy distintas y someterlas a examen y discusión. En segundo lugar, porque —al modo del teatro,[19] cuya esencia literaria es el intercambio de

[19] Aunque no se ha conservado, parece que Descartes escribió una pequeña pieza teatral para celebrar la paz de Westfalia, que dio fin a la Guerra de los Treinta Años.

parlamentos entre los actores que encarnan diversas personalidades, actitudes o perspectivas ante el espectador— posibilita la libre toma de partido por parte del lector: se diría incluso que no sólo se posibilita sino que se le incita a identificarse con unos u otros interlocutores con arreglo al particular criterio de cada cual. Cabe decir que, aun etimológicamente, el género del diálogo es por su estructura dialéctico y no dogmático; cosa distinta es que, como en cualquier otro género, la habilidad del escritor pueda orientar y encauzar convenientemente las preferencias de sus lectores o, dicho más claramente, inducir la identificación de los mismos con unos personajes y significados y el antagonismo hacia otros. Esto, que se ve en los ejemplos citados de Platón, Galileo, Leibniz o Berkeley, ocurre también —como veremos al tratar de los personajes— en la obra de Descartes ante la que nos encontramos.

No es irrelevante el hecho de que este diálogo —la parte conservada de directa autoría cartesiana, no así la reconstrucción leibniciana del final— esté escrito en francés: Descartes afirmó claramente[20] que el fran-

[20] «Y si escribo en francés, que es la lengua de mi país, mejor que en latín, que es la de mis preceptores, es porque espero que quienes sólo utilizan su razón natural en estado puro juzgarán mejor mis obras que quienes sólo creen en los libros antiguos» (*Discurso del método*, ed. Gallimard-La Pléiade, 1996, pág. 179).

cés era su lengua natural, mientras el latín era la de sus preceptores. Son varias las obras del autor que aparecieron originalmente en lengua francesa, pero que la reivindicación de la luz natural de la razón se haga empleando el cauce de un idioma racionalmente articulador de esa capacidad de encontrar la verdad por sus solos medios[21] es todo un símbolo de quien aspira a expresar sus reflexiones en libertad, es decir, sin la atadura de una tradición, la escolástica, secularmente cristalizada en latín.

Datación

No tenemos certeza de la fecha en que fue compuesto el diálogo *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural*, aunque sí se sabe que su primera publicación se produjo en 1684, como uno de los papeles hallados en el legado de su autor. Tal vez por la incompletitud a que ya nos hemos referido, puede pensarse que se trate de un texto primerizo, cuyo contenido se desarrollaría plenamente en dos de sus obras mayores, el *Discurso del método*, publicado en 1637, y

[21] «Vuestras obras sólo son oscuras para quien las lee desde los principios de Aristóteles o con escaso cuidado» (*Carta de Elisabeth de Bohemia* al filósofo de 1 de agosto de 1644, en la edición Adam-Tannery de las *Oeuvres de Descartes. IV, Correspondance: juillet 1643-avril 1647*, París, Vrin, 1972, pág. 132).

las *Meditaciones metafísicas*, que vieron la luz en 1641. Por ello hay quien lo sitúa en torno a 1619, momento en que el autor andaría experimentando su famoso sueño «de la razón unificada», esbozando los principales elementos de su filosofía, y *tramando* —en el sentido teatral de este verbo— un vehículo retórico para darlos a conocer.

Pero la proximidad teórica que hay entre su contenido y el de esas dos obras da también pie a situar su escritura en la época de madurez del filósofo, cuando había superado los cuarenta años y tal vez pretendía difundir los principios de su doctrina por un medio más asequible que el de aquéllas. Por eso, otros lo datan en las postrimerías de su vida, atendiendo igualmente a su inacabamiento. Unas y otras conjeturas parecen de difícil prueba, aunque nos inclinamos por las segundas y no consideramos inverosímil la fecha de 1642 que en algunos casos se establece; redactados ya sus principales escritos, el propio diálogo se autodefine:

> No he encontrado mejor estilo que el de la sencilla conversación en que la gente descubre familiarmente a sus amigos lo mejor de su pensamiento.[22]

[22] Véase página 52.

3. LOS PERSONAJES DEL DIÁLOGO

Tres son los personajes que intervienen en la escena descrita por Descartes y quienes dialogan allí. El propio autor, situando la escena en un lugar apacible y propicio para la charla, una casa de campo en que vive uno de ellos, ofrece un apunte[23] sobre el simbolismo que los nombres ficticios prestan a la caracterización de los interlocutores.

Eudoxo es el anfitrión y, si hacemos caso a Descartes, representa al hombre de inteligencia normal que hace uso de una razón incontaminada por prejuicios o creencias. Si bien éste es, entre los tres, el único nombre usado socialmente, es decir, con el que han sido conocidos personajes históricos[24] o personas corrientes, está claro que el autor ha querido aprovechar su etimología griega: el prefijo *eu–* significa *bien* o *bueno* y, puesto que *dóxa* es *opinión*, *parecer* o *juicio*, Eudoxo representará al hombre juicioso, sensato, de recto parecer.

Que Epistemón sea el antagonista de Eudoxo en la conversación no presupone que su nombre, ausente

[23] Véase página 52.

[24] Por ejemplo, Eudoxo de Cnido, el astrónomo griego contemporáneo e inspirador de la cosmología de Aristóteles. En España, aun siendo infrecuente en la actualidad, hay personas que llevan este nombre del santoral bajo la forma de Eudosio o Eudoxio.

de la vida real y mero producto de la invención, sea etimológicamente antónimo de éste: del vocablo griego *episteme*, muy repetido en Platón, viene igual palabra española con acepción[25] de *conocimiento exacto* o saber verdadero. Descartes bautiza sarcásticamente así a quien «conoce con exactitud todo lo que puede aprenderse en las escuelas», es decir, al empollón, sabelotodo o pitagorín que siempre recurre a lo estudiado en los libros o aprendido de sus maestros, es decir, a quien acude a su erudito acervo sin dilucidación racional propia.

Poliandro, por fin, es el tercero en discordia y, en cierto sentido, el elemento imprescindible para captar el favor del lector hacia las posiciones sostenidas por el autor: y ello no tanto por la entidad filosófica de sus ocurrencias cuanto por su sencilla docilidad ante las preguntas y planteamientos de Eudoxo. Si en griego *polys* significa *mucho* o *muchos*, y *andros* refiere al hombre *varón*, el nombre compuesto por Descartes[26] parece simbolizar a quien es uno de tantos, un hombre como la mayoría, un espíritu vulgar y co-

[25] *Diccionario de la Real Academia Española*, vigésimosegunda edición, 2001.

[26] No tan ridículo ni artificioso como Epistemón: de hecho, en la tradición y en el uso hay noticia de Menandro, Leandro, etcétera.

rriente a quien, eso sí, su total falta de instrucción no le impide emplear sus luces naturales y dar muestra de lo que distingue a quienes son como él, en definitiva, de sentido común.

La artificialidad de los tres personajes, reconocida por su autor, se aprecia en no pocos momentos de su conversación, pero sin duda resulta especialmente ostensible en Poliandro, cuyo lenguaje —supuestamente el de un hombre de la calle, lo que en el siglo XVII bien podría equivaler a analfabeto— muestra demasiada elaboración para poder gozar de verosimilitud.

4. *La búsqueda de la verdad*... Y SU PROBLEMÁTICA

La versión que presentamos va acompañada, en los márgenes, de pequeñas acotaciones u orientaciones sobre el contenido del texto; no obstante, enumeramos ahora algunos de los problemas que van siendo examinados por los interlocutores del diálogo, así como ciertas tesis que unos y otros sostienen al respecto.

La razón y su autonomía investigadora

Desde las primeras palabras del diálogo se emprende un balance entre el saber adquirido y la capacidad individual para satisfacer la curiosidad connatural

del hombre, posturas de las que son partidarios, respectivamente, Epistemón y Eudoxo, con Poliandro —en quien se personifica la incontaminación doctrinal— como comparsa en el coloquio.

En primer lugar, una afirmación casi aristotélica:[27] la búsqueda de la verdad es común a todos los hombres, sean o no gentes letradas. Ello se complementa con la distinción, polémica entre los personajes como es fácil imaginar, entre verdad aprendida de otros y verdad indagada por la propia razón individual; junto a ello, se advierte acerca del negativo peso que la predisposición —la actitud dominada por prejuicios y creencias anteriores— tiene sobre el raciocinio.

En relación con ello, el diálogo deja un irónico rechazo de la necesidad de aprender muchas cosas, entre ellas griego o latín —puertas del aprendizaje escolar— y una abierta contraposición entre ciencias basadas en la experiencia y ciencia deductiva, es decir, aquélla que consiste en extraer conclusiones a partir de premisas sencillas y accesibles comúnmente.

Se lanza después —curiosamente por el «ingenuo» Poliandro— una sombra de duda sobre el

[27] «Todos los hombres desean por naturaleza saber» (Aristóteles, *Metafísica*, I, 980a).

carácter no demostrado de proposiciones que, sin embargo, son importantísimas y archisabidas (Dios, el alma, nociones morales...),[28] a lo que sigue una primera precisión sobre el orden en que deben ser acometidas por la razón.[29]

Tras esto, Eudoxo se siente en condiciones de anunciar la que parece idea principal de toda la obra: que una inteligencia normal, o aun mediocre, puede buscar y alcanzar por sí misma, aun careciendo de toda instrucción, las más sutiles verdades sin «otra luz que la de la naturaleza».[30]

Poniendo en tela de juicio la ilusa creencia que profesamos en los tópicos o ideas recibidas de otros —los prejuicios ya aludidos—, la conversación se centra en la conveniencia de prescindir de todo el saber, o su-

[28] Véase página 61. Descartes emplea aquí una metáfora sobre la legitimidad genealógica que acompaña un tema muy de su gusto, la arquitectura, preferencia acaso reveladora de la percepción de su propia obra como nueva edificación que reemplace la antigua, y no muy sólida, construcción. Las analogías arquitectónicas aparecen varias veces en esta misma obra.

[29] El famoso *ordo inveniendi*, es decir, el orden en que ha de producirse la búsqueda y la invención o hallazgo: primero el yo o el alma; segundo, su creador o Dios; por último, las restantes cosas. Ese orden es patentemente distinto del *ordo essendi* u orden en que las realidades están jerarquizadas, pues en éste Dios precede al alma y ésta al mundo externo.

[30] Véase página 64.

puesto saber, adquirido y desgrana algunos motivos que tenemos para dudar: el frecuente engaño a cargo de los sentidos, la fascinación de nuestros sueños, incluso la omnipotencia divina. Pero entendiendo bien que no es lo mismo dudar por método, por norma de procedimiento y rigor, que hacerlo descreída o escépticamente.

Profundizar en la duda conduce, en toda su radical aplicación, al reconocimiento de que nada, salvo el hecho mismo de dudar, puede saberse con certeza y, sin embargo, la certeza de que dudamos facilita la reconstrucción del acceso a la verdad desde el momento en que tenemos conciencia de ser, es decir, de la existencia de un yo que duda.[31]

Tras no pocos cuestionamientos del método y las definiciones escolásticas, tanto por su bizantino desarrollo como por su esterilidad para el verdadero conocimiento, se reemprende la reflexión sobre la condición de ese ser, de ese yo que duda. Se vislumbra así la célebre distinción de las sustancias, es decir, la evidente captación de que el yo pensante o dudante es, en primer lugar, incorpóreo: esa primera certeza cartesiana, que se obtiene del propio sujeto pensante, pues en absoluto puede hallársele origen fuera de sí mismo,

[31] Véase página 94.

se presenta como base para proseguir la búsqueda de otras verdades que posean igual grado de evidencia.

En conclusión, del intercambio de pareceres entre los personajes del diálogo va surgiendo una creciente reivindicación del sentido común, de la capacidad autónoma de la razón humana para hallar la verdad sin necesidad de enfangarse en la lógica escolástica o aristotélica. En definitiva, una defensa de la luz natural de la razón frente a la autoridad de los maestros y la tradición que éstos transmiten.[32]

La búsqueda de la verdad..., entre el *Discurso* y las *Meditaciones*

Las conexiones y aun coincidencias entre pasajes del diálogo *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural* y las dos obras más conocidas de su autor, el *Discurso del método* y las *Meditaciones metafísicas*, se aparecen nítidamente a los estudiosos de Descartes; con todo, para quienes se han acercado menos a la obra original del filósofo, formularemos algunos nexos.

En primer lugar, como ya se ha dicho en esta misma introducción, la fecha de composición de este diálogo no ha podido ser establecida con total exactitud. Sin embargo, tanto si el escrito nació como un primer

[32] Véase página 93.

barrunto de los pensamientos que posteriormente cimentarían la fama del filósofo, como si, según tendemos a creer, el diálogo es una reformulación de madurez en que se teatralizan los grandes temas de sus obras principales, en éstas y aquél aparecen recurrentemente algunas cuestiones cruciales.

Por lo que toca al *Discurso*, son claras las relaciones de *La búsqueda de la verdad...* con su primera parte en todo lo que concierne al rechazo del saber transmitido, así como a la reorientación interiorista o vuelta sobre sí mismo del sujeto que busca una verdad que no halla en sus eruditos aprendizajes o viajeras andanzas. Desde luego, en uno y otro lugar menudean las referencias arquitectónicas, propias de quien se siente reformador del *urbanismo del saber*, y en ambas se cuestiona la validez de los métodos tradicionales, particularmente del escolástico que Descartes había aprendido como aplicado estudiante de los jesuitas.

La segunda parte del *Discurso*, tan minuciosamente dedicada a formular sus cuatro reglas metódicas, abunda también en consideraciones presentes en el diálogo: cierto que en éste no se explicitan las reglas,[33] pero sí la exigencia de verdades evidentes y,

[33] Apretada síntesis de las desarrolladas en 1628 (*Reglas para la dirección del espíritu*).

sobre todo, de apoyarse exclusivamente en la razón natural que el diálogo postula.[34]

Por último, la parte cuarta del *Discurso* es fácilmente reconocible en múltiples expresiones y matices de *La búsqueda de la verdad*: desde la exposición de los motivos de duda, que antes hemos citado, hasta la formulación (bien que no en latín) del *cogito, ergo sum*, una y otra obra se muestran como dos perfumes de idéntico aroma y finalidad, pero de distinto tarro.

Respecto a las *Meditaciones*, la reexposición de principios es —sea cual fuere la prioridad temporal de ambas obras— incuestionable: aquí aparece el mismo tema de la duda que se aborda en la primera meditación, del mismo modo que en la segunda se expresan parecidas consideraciones sobre el significado que tiene cerciorarse de que «yo soy, yo existo», así como decididas afirmaciones en torno a la antelación cognoscitiva del alma respecto al cuerpo.

La meditación cuarta, por otra parte, aquilata la disquisición sobre verdad y falsedad, tema tan específicamente propio del diálogo que aquí presentamos.

[34] «Lo que más me agradaba de este método era que, gracias a él, estaba seguro de usar en todo mi razón, si no perfectamente, al menos lo mejor que estuviera a mi alcance» (*Discurso del método*, 2.ª parte, ed. Gallimard-La Pléiade, 1996, págs. 138-9).

De cualquier manera, aun cuando cada una de estas tres obras —*Discurso del método, Meditaciones metafísicas, La búsqueda de la verdad mediante la luz natural*— posee su propio valor y ciertas singularidades expresivas, puede concluirse que cualquiera de las tres, indistintamente, tiene potencia suficiente por sí misma para transmitir al lector interesado las grandes aspiraciones y logros de la filosofía de Descartes.

5. Descartes y el problema de la libertad

No sólo es difícil hablar de un Descartes político, al menos en el sentido de contar entre sus obras con algo dedicado expresamente al tema,[35] sino que se nos muestra también muy escurridizo en todo lo relativo a la moral: fuera por los temores que despertaban en él las posibles condenas y por el deseo de mantener sus reflexiones filosóficas y sus conclusiones científicas a salvo de desautorizaciones globales por contravenir los principios de la religión o de la ética cristiana,[36] fuera porque el propio filósofo no se sentía en esta

[35] Cosa que sí ocurre en Spinoza (*Tratado político*, *Tratado teológico-político*) o en Leibniz (*Escritos de filosofía jurídica y política*, entre muchos otros debidos a su condición de diplomático y hombre de cortes).

[36] Valgan los casos Galileo y Voëtius ya citados.

materia tan convencido de su pensamiento como en otras, lo cierto es que no llegó a completar su teoría ética, aunque la tardía publicación del *Tratado de las pasiones del alma* y algunos otros indicios en su correspondencia hacen pensar a algunos[37] que se disponía a hacerlo y que sólo lo impidió su repentina muerte en Suecia. Lo incuestionable es que en la tercera parte del *Discurso del método*, entre otros lugares, Descartes formula lo que se conoce como «moral provisional», un prudente recurso por el que se exceptúa de la radical aplicación de las reglas y de la duda metódicas todo cuanto concierna a las costumbres, dando por bueno —sin saber que lo es— cuanto viniera siendo norma o estuviera sancionado por la autoridad temporal o espiritual. Pero pocos dudan de que, también ahí, Descartes se esconde o, cuando menos, se escabulle, aunque lo hace en cierta congruencia[38] con su condición social: al fin y al cabo, era hijo de un miembro del Parlamento de Bretaña y la herencia de su padre, señor du Perron, le permitió no sólo estudiar en uno de los colegios más prestigiosos de Francia —el de

[37] Turró, 1985.

[38] «La moral provisional es, como una regencia, una solución razonable ante una situación irracional. En tanto sea razonable, debe contener algo que la solución racional no abolirá en modo alguno y que, en consecuencia, no es provisional» (Gouhier, 1973, pág. 249).

los jesuitas de La Flèche— sino también vivir holgadamente durante toda su vida. Pero no es en los escritos pensados para publicarse, sino en las numerosísimas cartas[39] cruzadas con las más diversas personalidades donde se encuentran, aquí y allá, atisbos de una postura menos acomodaticia, más deseosa de zafar a su razón de cualquier tutela doctrinal y de casi todo sometimiento a directrices ortodoxas. Y, concretamente en nuestro diálogo, Eudoxo anuncia de modo explícito[40] que, una vez dispongamos al entendimiento para conocer la verdad, será necesario aprender a regular nuestra voluntad.

Pueden invocarse dos claras proclamas de Descartes acerca de la libertad y su importancia para él: la recogida en su cuarta meditación[41] y la que dirige

[39] La correspondencia es, en efecto, abundantísima: cinco de los doce volúmenes de la edición de Adam y Tannery (*vid.* bibliografía), los cinco primeros, están dedicados expresamente a ella, aparte de algunas otras cartas recogidas en otros tomos de la misma edición.

[40] Véase página 64.

[41] «Si examino la memoria, la imaginación, o cualquier otra facultad, no encuentro ninguna que no sea en mí harto pequeña y limitada, y en Dios inmensa e infinita. Sólo la voluntad o libertad de arbitrio siento ser en mí tan grande, que no concibo la idea de ninguna otra que sea mayor: de manera que es ella la que, principalmente, me hace saber que guardo con Dios cierta relación de imagen y semejanza» (Meditación IV, ed. cit. KRK ediciones, pág. 198).

en misiva a la reina Cristina de Suecia.[42] Pero, obviamente, estaríamos forzando la letra y probablemente el espíritu de la misma si atribuyéramos a nuestro filósofo el papel de paladín de las libertades, sobre todo teniendo en cuenta cuán comedido o conservador fue su proceder en comparación con el de algunos otros sabios modernos,[43] pues una cosa es dirimir el abstruso concepto de «libre albedrío» y otra muy distinta abanderar las libertades individuales o colectivas: no, Descartes no fue un luchador a campo abierto ni, mucho menos, un agitador social, sino más bien un pensador consciente del calado de la reforma que se iniciaba en el saber y en la cultura, transformación que iba más allá de lo estrictamente teórico o académico. En suma, un astuto —y también medroso—

[42] «El libre albedrío es, como tal, lo más noble que puede haber en nosotros, en la medida en que nos asemeja a Dios y parece eximirnos de sometimiento a él, con lo que su buen uso es el mayor de nuestros bienes, siendo asimismo lo más específicamente nuestro y lo que más nos importa, por lo que se deduce que sólo de él puede provenir nuestro mayor contento» (Carta a Cristina de Suecia, 20 de noviembre de 1647, ed. cit. Pléiade, pág. 1284).

[43] Miguel Servet en 1553 y Giordano Bruno en 1600 fueron quemados en sendas hogueras, ginebrina y romana, por defender, respectivamente, la circulación de la sangre o tesis de astronomía copernicana; a la condena de Galileo Galilei hemos hecho ya mención; Baruch de Spinoza conoció el rigor de su religión al ser expulsado en 1656, por motivos doctrinales, de la sinagoga de Ámsterdam.

investigador matemático que adivinaba el inmenso poder transformador que entrañaba la ciencia tenida por exacta, poder cuyo alcance desbordaría los estrechos márgenes de los geómetras y los eruditos para alcanzar el corazón mismo del concepto teológico, filosófico y político de autoridad (absoluta); en tal sentido, Descartes se anticipa a la ilustración inglesa y, por consiguiente, a la continental de Alemania y Francia.

Por eso no faltan, en el escrupuloso razonador que es Descartes, paradojas personales: al fin y al cabo, cada quien es hijo de su tiempo y sus condiciones materiales de vida,[44] y nuestro filósofo hubo de nadar entre dos aguas, ambas inseparables —la de su plácida condición de rentista, anclado en privilegios antiguos, y la de su abierta afición por el nuevo saber—. Sin aquélla, difícilmente pudiera haber fluido la segunda; con ésta en todo su raudal, se hubiera detenido la primera.

El de la libertad es, por lo demás, un problema que en la época que a Descartes correspondió vivir

[44] Téngase presente que la ideología (Antonio Negri, 2008) es, en el análisis marxista, una máscara de las condiciones de clase, y que ello entraña múltiples contradicciones: por ejemplo, la de ser un sabio partidario del progreso y, al propio tiempo, acomodarse a la monarquía absoluta de derecho divino o respaldar discretamente la severa política del cardenal Richelieu.

no estuvo desgajado de la cuestión religiosa y, muy particularmente, de la pugna por la primacía entre reformadores —protestantismo— y contrarreformismo —catolicismo—. No abordaremos aquí ese aspecto, sino que nos limitamos a apuntarlo por si contribuye a comprender desde una clave más el comedido ejercicio expresivo del autor.

Cabe, por otra parte, recordar que la filosofía cartesiana —no tan distinta en esto de la de su contemporáneo, el inglés Bacon, quien hiciera del dominio de la naturaleza y la utilidad para la especie humana las grandes metas de su filosofía—[45] reclama un saber práctico, es decir, conocimientos útiles que contribuyan a mejorar la vida humana, con especial mención a la medicina.[46] Por eso se ha de reconocer que en la obra de Descartes laten, tras las discusiones epis-

[45] Francis Bacon, *La gran restauración (o Novum organum)*, Edición de Miguel Ángel Granada, Alianza, Madrid, 1985.

[46] «Es posible obtener conocimientos que sean utilísimos para la vida y que, en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, puede hallarse una que sea práctica y por la cual, conociendo con la misma distinción con que conocemos el oficio de nuestros artesanos la fuerza y la acción del fuego, el agua, el aire, los astros, los cielos y todos los cuerpos que nos rodean, podremos emplear de igual modo esa filosofía para todo lo que le corresponda, haciéndonos así dueños y dominadores de la naturaleza» (*Discurso del método*, 6.ª parte, ed. Gallimard-La Pléiade, 1996, págs. 168).

temológicas, temas como «el trabajo en equipo, la ayuda del Estado, la defensa de la vida intelectual, de la independencia y de la libertad».[47]

Digamos, a modo de confluencia de todas las pistas que hasta aquí hemos ido trazándole al lector, que, pues del diálogo *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural* se desprende una discreta pero firme defensa de la libertad del pensar, de un estatuto autónomo para la razón naturalmente desplegada (o sea, sin hipotecas de la tradición y sin sumisión a las jerarquías académicas y doctrinales), es preciso admitir que ese libre ejercicio del raciocinio exige, como condición necesaria, un marco de libertad que transciende lo intelectual y alcanza de lleno al orden moral y político. Si se busca en esta obra de Descartes, sólo podrá hallarse explícito el enaltecimiento de la razón que sabe aprovechar su luz natural, así como el requisito de libertad para los espíritus; si, más allá de eso, se aspira a entender el pensamiento de un hombre de carne y hueso como nuestro filósofo francés, la intención de quien vivió plenamente en el mundo de su época, se hallará sin esfuerzo el anhelo de libertad individual que hace de René Descartes el paladín de la subjetividad moderna. La razón reclama su libertad —de investigación, de difusión de sus hallazgos, etcétera—, mas su ámbito no se agota en el pensar o el discutir, sino que pretende llegar al obrar: la libertad de la razón es, pues, la razón de la libertad.

[47] Lledó, 1970 (pág. 181).

6. BIBLIOGRAFÍA

Ediciones españolas de la obra

Tenemos conocimiento de tres ediciones en español del pequeño diálogo cartesiano, que enumeramos por orden cronológico:

—*Investigación de la verdad por la luz natural*, en *Descartes: obras completas*. Editorial Anaconda, Buenos Aires, 1943. Versión castellana de Manuel Machado.

—*Investigación de la verdad por la luz natural*, en *Descartes: meditaciones metafísicas y otros textos*. Editorial Gredos, Madrid, 1987. Versión castellana de E. López y M. Graña.

—*La investigación de la verdad por la luz natural*. Editorial Complutense, Madrid, 2001. Versión castellana de José Antonio Martínez Martínez.

La que aquí presentamos ha tomado como referencia las siguientes ediciones de *La recherche de la verité par la lumière naturelle*:

—DESCARTES, *Oeuvres et Lettres*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París, 1953 (reimpresión 1996).

—ADAM, Charles y TANNERY, Paul, *Oeuvres de Descartes, vol. X*, Vrin, París, 1966

Obras de Descartes

La edición canónica completa, en doce volúmenes, es la de las *Oeuvres* que ADAM y TANNERY publicaron a principios del siglo XX, una de cuyas reediciones es la ya citada, de 1966 a 1974, en la Librería filosófica Jean Vrin.

En español hay abundantes versiones de casi toda su obra por lo que, entre lo principal de ésta, señalaremos tan sólo algunas de las más recientes o meritorias:

—*Reglas para la dirección del espíritu* (1628), edición de Juan Manuel Navarro Cordón, Alianza, Madrid, 2003.

—*El mundo o tratado de la luz* (1633), edición de Salvio Turró, Anthropos, Barcelona, 1989.

—*Discurso del método, Dióptrica, Meteoros y Geometría* (1637), edición de Guillermo Quintás, Alfaguara, Madrid, 1987.

—*Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas* (1641), edición de Vidal Peña, KRK ediciones, Oviedo, 2005.

—*Los principios de la filosofía* (1647), edición de Guillermo Quintás, Alianza, Madrid, 1995.

—*Las pasiones del alma* (1649), edición de José Antonio Martínez Martínez, Tecnos, Madrid, 2006.

Ensayos sobre Descartes

La lista sería interminable, por lo que nos remitiremos tan sólo a los que nos han sido de utilidad para el presente trabajo:

ALQUIÉ, Ferdinand, *Descartes*, Hatier, París, 1969.

—*La découverte métaphysique de l'homme chez Descartes*, PUF, París, 1987.

BLÁZQUEZ-RUIZ, Francisco Javier, *Moral y voluntad en Descartes*, BEC, Córdoba, 1984.

BOUCHILLOUX, Hélène, *La question de la liberté chez Descartes: libre arbitre, liberté et indifférence*, Honoré Champion, París, 2003.

COSSUTTA, Frédéric, «La métaphysique cartésienne au risque du dialogue philosophique: Schèmes spéculatifs, formes d'exposition et genres textuels dans le dialogue "La recherche de la vérité par la lumière naturelle"», en *Revue «XVIIe siècle»*, 2003, 2, n.º 119, págs. 223-257.

GÓMEZ PIN, Víctor, *Descartes, la exigencia filosófica*, Akal, Madrid, 1996.

GOUHIER, Henri, *Descartes: essais sur le «Discours de la méthode», la métaphysique et la morale*, Vrin, París, 1973.

GUENANCIA, Pierre, *Descartes et l'ordre politique*, PUF, París, 1983.

GUÉROULT, Martial, *Descartes selon l'ordre des raisons* (2 vols.), Aubier Montagne, París, 1968.

GRAYLING, Anthony Clifford, *Descartes: la vida de René Descartes y su lugar en su época*, Pre-textos, Valencia, 2007.

GRIMALDI, Nicolas, *Études cartésiennes: Dieu, le temps, la liberté*, Vrin, París, 1996.

—*L'expérience de la pensée dans la philosophie de Descartes*, Vrin, París, 1978.

—*Six études sur la volonté et la liberté chez Descartes*, Vrin, París, 1988.

LLEDÓ, Emilio, *Semántica cartesiana (una lectura del «Discours de la méthode»)*, en *Filosofía y lenguaje*, Ariel, Barcelona, 1970.

MARTÍNEZ, José Antonio, *Descartes*, Orto, Madrid, 1994.

NEGRI, Antonio, *Descartes político, o de la razonable ideología*, Akal, Madrid, 2008.

RODIS-LEWIS, Geneviève, *L'individualité selon Descartes* (firmado Geneviève Lewis), Vrin, París, 1950.

—*Descartes y el racionalismo*, Oikos-Tau, Barcelona, 1971.

—*Descartes*, Librairie Générale Française, París, 1984.

SÁNCHEZ RAMÓN, Ramón, *Descartes esencial: no hay verdad sin evidencia*, Montesinos, Barcelona, 2008.

TURRÓ, Salvio, *Descartes. Del hermetismo a la nueva ciencia*, Anthropos, Barcelona, 1985.

WATSON, Richard, *Descartes, el filósofo de la luz*, Vergara, Barcelona, 2003.

WILLIAMS, Bernard, *Descartes: el proyecto de la investigación pura*, Cátedra, Madrid, 1996.

René Descartes

La búsqueda de la verdad mediante la luz natural

que, en toda su pureza y sin recurrir al auxilio
de la religión ni de la filosofía, determina
lo que ha de conocer un hombre juicioso
sobre aquello de que su pensamiento
puede ocuparse, penetrando hasta
los secretos de las más
curiosas ciencias.

Un hombre juicioso no tiene por qué haber leído todos los libros ni haber aprendido atentamente cuanto se enseña en las escuelas; es más, haber dedicado demasiado tiempo al ejercicio de las letras sería un cierto fallo en su educación. Hay muchas más cosas que hacer durante la vida, cuyo decurso ha de medirse muy bien para dejar una amplia parte a buenas acciones, que debería enseñarle a practicar su propia razón con tal de que aprendiera sólo de ella. Pero el hombre ha llegado ignorante al mundo y, al no haberse apoyado su conocimiento desde temprana edad sino en la debilidad de sus sentidos y en la autoridad de sus preceptores, es casi imposible que su imaginación no esté llena de falsos pensamientos hasta que esa razón pueda tomar las riendas; así que necesita, además, o muy buena condición

El buen sentido, premisa del conocer; ironía sobre el saber escolástico

Ejercicio de la sola razón propia

Fuente de error: los frágiles sentidos y la autoridad escolar

natural o instrucciones de alguien prudente, tanto para desprenderse de las malas doctrinas que hubiera venido aceptando como para poner los primeros cimientos de una ciencia sólida y descubrir todas las vías por las que elevar su conocimiento hasta el más alto nivel que éste pueda alcanzar.

El yo, por sí mismo, sola fuente de ciencia

Éstas son las cosas que me he propuesto mostrar en esta obra, evidenciando la verdadera riqueza de nuestras almas y ofreciendo a todo el mundo los medios de hallar en sí mismo, sin tomar nada del prójimo, cuanta ciencia necesita para comportarse en la vida, así como de adquirir con su estudio los más curiosos conocimientos que la razón humana es capaz de poseer.

Interconexión lógica de las verdades

Pero, temeroso de que la magnitud de mi propósito empezase por sorprender tanto a vuestros espíritus que no dejase lugar para creerme, quiero advertiros de que lo que acometo no es tan dificultoso como podría imaginarse: en efecto, los conocimientos que no desbordan el alcance del espíritu humano están encadenados con un vínculo tan maravilloso y pueden sacarse unos de otros mediante

consecuencias tan necesarias, que en modo alguno se requiere gran destreza y capacidad para hallarlos, con tal de que, comenzando por los más sencillos, se sepa caminar escalón tras escalón hasta los más elevados. Eso es lo que aquí trataré de haceros ver mediante una serie de razones tan claras y sencillas que cualquiera, si antes no percibía lo mismo que yo, comprenderá que sólo era porque le faltaba volver cuanto antes los ojos en la dirección correcta y detener su pensamiento en mis mismas consideraciones. Y no merezco, por haberlas hallado, más gloria que la que correspondería a un transeúnte por haber tenido la suerte de topar con sus pies un rico tesoro que la diligencia de muchos hubiera buscado inútilmente durante largo tiempo.

Accesibilidad gradual desde lo más simple

Me sorprende, ciertamente, que entre tantos espíritus destacados que hubieran podido resolver estas cosas mejor que yo, no haya habido nadie que se tomase la molestia de desembrollarlas y que casi todos hayan imitado a esos viajeros que, habiendo abandonado el camino principal para tomar un desvío, siguen extraviados entre zarzas y precipicios.

Pero en modo alguno pretendo examinar lo que los demás han sabido o ignorado; me basta con observar que, aun cuando toda la ciencia que pueda desearse estuviera comprendida en los libros, si lo que en éstos hay de bueno está entreverado con lo inútil y esparcido en un montón tan grande de volúmenes, haría falta más tiempo para leerlos del que disponemos para permanecer en esta vida, y se necesitaría más inteligencia para seleccionar lo útil que para inventarlo uno por sí mismo.

Los libros, falsos o inútiles

Ello me hace esperar que os agradará encontrar un camino más fácil y que las verdades que diré no dejarán de ser bien recibidas aunque no las tome ni de Aristóteles ni de Platón, sino que tendrán curso por el mundo como la moneda, que no tiene menos valor cuando sale de la bolsa de un campesino que cuando procede de la Hacienda pública. Me he esforzado asimismo en mostrar su utilidad a todo el mundo por igual y, a tal efecto, no he encontrado mejor estilo que el de la sencilla conversación en que la gente descubre familiarmente a sus amigos lo mejor de su pensamiento: así, bajo los nombres de Eudoxo, Poliandro y Epistemón,

Ironía sobre los pilares clásicos de la filosofía: la verdad del hombre corriente vale tanto como aquéllos

supongo que un hombre de inteligencia corriente, pero cuyo juicio no está pervertido por ninguna creencia falsa y que posee toda la razón en su pureza natural, recibe la visita, en la casa de campo donde vive, de dos de los más extraños y curiosos espíritus de este siglo, uno de los cuales nunca ha estudiado nada y el otro, por el contrario, conoce con exactitud todo lo que puede aprenderse en las escuelas; y que ahí, entre otros discursos que dejo a vuestra imaginación lo mismo que los detalles del sitio y de lo que allí hay, de los cuales a menudo les haré tomar ejemplos para hacer más fáciles sus concepciones, ellos tres proponen también el argumento de lo que habrán de decir luego, hasta el final de estos dos libros.

Personajes del diálogo: un hombre normal *—pondera do y con ra zón natura e incontaminada—, un erudito y un iletrad*

Poliandro, Epistemón, Eudoxo

POLIANDRO Te considero tan feliz por ver todas esas cosas hermosas en los libros griegos y latinos que me parece que, si hubiera yo estudiado tanto como tú, sería tan distinto de lo que soy como los ángeles lo son de lo que tú eres y no podría excusar el error de mis padres quienes, convencidos de que el ejercicio de las letras acobardaba los ánimos, me enviaron muy joven a la corte y al ejército; de modo que el lamento de mi ignorancia persistirá toda mi vida si no aprendo algo en vuestra conversación.

Admiración del inculto hacia el erudito

EPISTEMÓN Lo mejor que puede enseñársete sobre este asunto es que el deseo de saber, que es común a todos los hombres, es una enfermedad incurable, pues la curiosidad aumenta con el aprendizaje; y respecto a las carencias del alma, pues sólo nos afligen en tanto tene-

mos conciencia de ellas, tú nos aventajas en que no ves, a diferencia de nosotros, lo mucho que aún te falta.

Eudoxo ¿Es posible, Epistemón, que siendo sabio como eres, puedas estar persuadido de que hay una enfermedad tan universal en la naturaleza que no haya remedio alguno para curarla? En cuanto a mí, me parece que, así como en todo territorio hay bastantes frutos y arroyos para aplacar el hambre y la sed de todo el mundo, igualmente hay en cada materia bastantes verdades que pueden conocerse para satisfacer plenamente la curiosidad de las almas normales, y que el cuerpo de los hidrópicos no está más alejado del temperamento justo que el de quienes permanentemente están invadidos por una insaciable curiosidad.

La ignorancia no es invencible: puede saciarse en el hombre corriente

Epistemón Aprendí antaño que nuestro deseo ni puede dirigirse naturalmente hacia las cosas que nos resultan imposibles ni debe hacerlo hacia las que son viciosas o inútiles; pero hay tantas cosas por saber que nos parecen posibles y que no sólo son honradas y gratas, sino incluso muy necesarias para la

El erudito siempre aspira a saber más

guía de nuestros actos, que no podría creer que alguien sepa tantas como para no mantener siempre muy justos motivos de desear más.

Eudoxo Pues qué diríais de mí si os asegurase que no tengo ya pasión por aprender nada y que estoy tan conforme con el poco conocimiento que tengo como nunca estuvo Diógenes[1] en su tonel, sin que para ello necesite yo su filosofía. Pues la ciencia de mis vecinos no limita la mía, como sí lo hacen sus tierras en torno a lo poco que poseo, y a mi espíritu, puesto que dispone a su antojo de cuantas verdades encuentra, ni se le ocurre que haya otras por descubrir; por el contrario, disfruta de la misma tranquilidad que tendría el rey de un país que se hallase tan distante y separado de todos los demás como para imaginar que, más allá de sus tierras, no podría haber sino desiertos infértiles y montañas inhabitables.

Sarcástica alusión al acervo del saber establecido: contraposición con la (aparente) ignorancia del hombre corriente

[1] Del filósofo cínico Diógenes de Sínope, contemporáneo de Aristóteles y crítico de las riquezas y vanidades sociales, se cuenta que habitó en un tonel como signo de su desapego y satisfecha expresión de que la felicidad puede hallarse autónomamente en la vida pobre y honrada.

Epistemón A cualquiera que no fueras tú y me dijera algo así, lo consideraría o vano o poco curioso; pero el retiro que has elegido en este sitio tan solitario y el poco interés que tienes en ser conocido te pone a salvo de vanidad; y el tiempo que antaño empleaste en viajar, en frecuentar sabios y en examinar todo lo más difícil inventado en cada ciencia, nos asegura que no careces de curiosidad; de modo que sólo podría decir que te considero muy conforme y estoy convencido, por ello, de que has de tener una ciencia mucho más perfecta que la de los demás.

La supuesta ignorancia viene precedida de curiosidad y afán de saber: viajes, estudios...

Eudoxo Te agradezco la buena opinión que de mí tienes, pero prefiero no abusar de tu cortesía obligándote a creer, sólo por consideración hacia mi palabra, lo que he dicho. Nunca deben aventurarse proposiciones tan alejadas de la creencia común sin poder mostrar, al propio tiempo, algunos efectos suyos. Ésa es la razón por la que os invito a los dos a permanecer aquí en esta agradable época, a fin de disponer de ocio suficiente para transmitiros abiertamente una parte de lo que sé. Pues me atrevo a prometer que no sólo reconoceréis que tengo cierta razón para sentirme complacido de ello, sino también que vosotros mismos quedaréis plenamente satisfechos con las cosas que hayáis aprendido.

Epistemón No tengo reparo alguno en aceptar un favor que ya estaba deseando pedirte.

Poliandro En cuanto a mí, estaré encantado de asistir a esta conversación, aunque no me siento capaz de sacar provecho alguno de ella.

Eudoxo Piensa más bien, Poliandro, que eres tú quien saldrá aquí ganando, dado que no estás predispuesto, pues me será mucho más fácil atraer al lado correcto a una persona neutral que a Epistemón, quien a menudo tomará el partido contrario. Pero, para que concibáis más distintamente de qué tipo será la doctrina que os prometo, quiero que observéis la diferencia que hay entre las ciencias y los conocimientos corrientes que se adquieren sin el menor discurrir de la razón, como las lenguas, la historia, la geografía y, generalmente, todo cuanto no depende sino de la mera experiencia. Pues, precisamente porque estoy muy de acuerdo en que la vida de un hombre no bastaría para adquirir experiencia de

Primera advertencia contra el negativo peso de los prejuicios

Distinción entre ciencia racional y conocimientos empíricos

todas las cosas que hay en el mundo, estoy convencido de que sería una locura desearlo y que un hombre juicioso no está más obligado a saber griego o latín que suizo o bajo bretón, ni la historia del Imperio Romano Germánico antes que la del más pequeño Estado de Europa; tan sólo debe cuidarse de emplear su ocio en cosas honradas y útiles y no cargar su memoria sino con las más necesarias. En cuanto a las ciencias, que no son otra cosa que los juicios ciertos que apoyamos sobre algún conocimiento previo, unas se extraen de cosas comunes y de las que todo el mundo ha oído hablar, y otras de experiencias raras pero estudiadas. Y confieso igualmente que sería imposible ocuparse en particular de todas estas últimas, pues haría falta, en primer lugar, haber investigado todas las hierbas y piedras que llegan de las Indias, haber visto el Fénix y, sencillamente, no ignorar nada de todo lo más raro que en la naturaleza hay. Pero considerare haber satisfecho suficientemente mi promesa si, al explicaros las verdades que pueden deducirse de cosas ordinarias y conocidas por todo el mundo, os hago capaces de hallar

Al hombre normal *no le es precisa ni accesible mucha experiencia, gran acumulación memorística o erudición científica*

Meta: hallar por uno mismo la verdad

por vosotros mismos todas las demás cuando queráis tomaros la molestia de buscarlas.

Poliandro También yo creo que eso es cuanto cabe desear y me conformaría sólo con que me demostrases cierto número de proposiciones tan célebres que nadie las ignora, como las relativas a la Divinidad, el alma racional, las virtudes o su recompensa, y a las que comparo yo con esas casas antiguas que todos reconocen como muy ilustres por más que todos sus títulos de nobleza estén sepultados bajo las ruinas de otros tiempos. Pues de ningún modo dudo que los primeros que obligaron al género humano a creer todas esas cosas carecieran de fortísimas razones para probarlas, pero han sido luego tan infrecuentemente repetidas que ya nadie las sabe; sin embargo esas verdades son tan importantes que la prudencia nos obliga a creerlas de modo ciego, aun a riesgo de equivocarnos, antes que esperar aclararnos sobre ellas cuando estemos en el otro mundo.

Ausencia de demostración para proposiciones inveteradamente admitidas sobre: Dios, alma, moralidad

Prudencia práctica: la moral provisional

Epistemón En cuanto a mí, soy algo más curioso y querría, aparte de eso, que me explicases algunas dificultades concretas que tengo

en cada ciencia, principalmente en relación con los inventos humanos, los espectros, las ilusiones y, en una palabra, todos los efectos prodigiosos que se atribuyen a la magia, pues considero que es útil conocerlos, no para servirse de ellos, sino para que nuestro juicio pueda hallarse advertido ante la admiración de algo que ignora.

Eudoxo Intentaré complacer a los dos y, a fin de establecer un orden que podamos mantener hasta el final, quiero en primer lugar, Poliandro, que nos detengamos, tú y yo, en todas las cosas que hay en el mundo, considerándolas en sí mismas, sin que Epistemón nos interrumpa sino cuando no haya otro remedio, pues sus objeciones nos obligarían a menudo a salirnos de nuestro asunto. Luego, consideraremos los tres de nuevo todas las cosas, pero en otro sentido, a saber, en la medida en que se relacionan con nosotros y pueden ser denominadas verdaderas o falsas y buenas o malas; será ahí cuando Epistemón tenga oportunidad de proponer cuantas dificultades le hayan quedado pendientes en los discursos anteriores.

Apelación metódica: evitar la injerencia del saber previo

Poliandro Pues dinos también el orden que seguirás para explicar cada cuestión.

Eudoxo Habrá que empezar por el alma racional, puesto que es en ella donde reside todo nuestro conocimiento y, una vez considerada su naturaleza y sus efectos, llegaremos a su autor; una vez reconocido quién es él y cómo ha creado cuanto hay en el mundo, observaremos además lo que hay de cierto acerca de las restantes criaturas y examinaremos de qué modo perciben nuestros sentidos los objetos y cómo nuestros pensamientos se constituyen como verdaderos o falsos. Expondré después las obras humanas en relación con las cosas corpóreas y, habiéndoos hecho admirar las más poderosas máquinas, los más extraños autómatas, las más espectaculares visiones y las más sutiles imposturas que el artificio humano pueda inventar, os descubriré sus secretos, que resultarán tan simplones e inocentes que no os quedará motivo alguno para admirar ninguna de nuestras creaciones. Llegaré después a las de la naturaleza y, cuando os haya hecho ver la causa de todos sus cambios, la diversidad de sus cuali-

Orden temático del diálogo:

1.º Las realidades (alma, Dios, restantes cosas) y cómo las sentimos y pensamos;

2.º Tópicos: seres artificiales, seres naturales;

relación entre sensación y pensamiento, entre mundo y Dios;

dades y cómo difieren el alma de las plantas y de los animales de la nuestra, os haré considerar toda la arquitectura de las cosas sensibles y, una vez informados sobre lo que se observa en los cielos y lo que de ello puede estimarse cierto, llegaré a las más sensatas conjeturas sobre lo que no pueden los hombres decidir, a fin de explicar la relación de las cosas sensibles con las intelectuales, y de ambas con el Creador, así como la inmortalidad de las criaturas y cuál será el estado de su ser tras la consumación de los siglos. Llegaremos luego a la segunda parte de esta charla, en la que

fundamentación de cada ciencia;

trataremos cada ciencia en particular, elegiremos lo que haya de más sólido en cada una y propondremos el método para hacerlas avanzar más de lo que nunca lo han hecho y hallar en uno mismo, por mediocre que sea nuestra inteligencia, todo lo que pueden concebir las más sutiles. Habiendo preparado así nuestro entendimiento para juzgar perfectamente acerca de la verdad, necesitaremos

juicio moral y voluntad

también aprender a regular nuestras voluntades, distinguiendo lo bueno de lo malo y apreciando la verdadera diferencia que hay

entre las virtudes y los vicios. Hecho esto, espero que la pasión de saber que tenéis no sea ya tan intensa, y que todo lo que haya dicho os parezca tan bien probado como para juzgar que una buena inteligencia, incluso si se hubiera nutrido en un desierto y no hubiera tenido otra luz que la de la naturaleza, no podría tener otras impresiones que las nuestras en el caso de haber sopesado justamente las mismas razones. Para comenzar esta exposición, examinaremos cuál es el primer conocimiento que los hombres tienen, en qué parte del alma reside y a qué obedece que sea inicialmente tan imperfecto.

La sola luz natural puede alcanzar la verdad

Epistemón Me parece que todo esto se explica clarísimamente si se compara la fantasía de los niños con un lienzo en blanco en el que deben ponerse nuestras ideas, que son como retratos tomados de cada cosa según es ésta al natural. Los sentidos, las propias inclinaciones, los preceptores y el entendimiento son los distintos pintores que pueden trabajar en esa obra; siendo menos aptos los que primero se inmiscuyen en ella, a saber, los imperfectos sentidos, el ciego instinto y las nodrizas im-

«Pintores» en el lienzo en blanco del espíritu: los sentidos, las pasiones, las enseñanzas recibidas y el entendimiento

pertinentes. El último, el entendimiento, es el mejor y a pesar de ello ha de pasar varios años de aprendizaje y seguir cierto tiempo el ejemplo de sus maestros, antes de atreverse a corregir alguna de sus deficiencias. Lo cual es, a mi parecer, una de las principales causas por las que nos cuesta tanto conocer. Dado que nuestros sentidos sólo ven las cosas más groseras y comunes, nuestra inclinación natural está totalmente corrompida; y en cuanto a los preceptores, aunque sin duda podrán encontrarse algunos perfectísimos, ocurre que no pueden forzar nuestra creencia para asentir a sus razones hasta que las haya examinado nuestro entendimiento, que es el único al que corresponde concluir esta tarea. Pero éste es como un excelente pintor que se empleara en dar los últimos colores a un mal cuadro esbozado por jóvenes aprendices, quien por mucho que practicara todas las reglas de su arte para corregir poco a poco, ora un rasgo ora otro, y de añadir por sí mismo todo lo que faltase, nunca podría, a pesar de todo, hacerlo tan bien que no persistiesen grandes fallos, puesto que desde un principio el proyecto habría estado mal concebido, las figuras mal situadas y las proporciones mal guardadas.

El entendimiento, «artista» principal pero condicionado por los vicios previamente plasmados por otros

Imposibilidad de crear una gran obra a partir de principios defectuosos

Eudoxo Tu comparación descubre magníficamente el primer impedimento que encontramos, pero no la acompañas del remedio que ha de utilizarse para prevenirlo. Pues así como tu pintor, tras haber pasado una esponja por encima para borrar todos los trazos que encontrase en el cuadro, haría mucho mejor volviendo a empezar aquel cuadro que perder el tiempo en corregirlos, me parece a mí que sería igualmente preciso que cada hombre, tan pronto como alcanzase ese cierto término que se denomina uso de razón, se decidiera de una buena vez a eliminar de su fantasía cuantas ideas imperfectas hubiera tenido grabadas en ella hasta entonces y reemprendiese a conciencia la formación de otras nuevas, empleándose tan cuidadosamente en ello con toda la industria de su entendimiento que, en el caso de no lograrlo a la perfección, al menos no pudiera imputar el error a la debilidad de los sentidos ni a las deficiencias de la naturaleza.

Solución radical: alcanzado el «uso de razón», prescindir de lo adquirido y comenzar de nuevo

Epistemón Sería ése un excelente remedio si resultara fácil ponerlo en práctica, pero no ig-

noras que las primeras creencias albergadas por nuestra fantasía permanecen impresas en ella de tal manera que nuestra sola voluntad no basta para borrarlas a menos que se ayude de poderosas razones.

Rechazar todo conocimiento adquirido e ir cimentando de nuevo el edificio del saber

Eudoxo Pretendo asimismo enseñarte algunas y, si quieres sacar provecho de esta charla, será necesario que me prestes atención y me dejes conversar un poco con Poliandro, para que pueda yo, antes de nada, rechazar todo el conocimiento adquirido hasta el momento. Y, puesto que ese conocimiento es insuficiente para satisfacerle, no puede ser sino malo, y lo considero como si fuera una casa mal construida, cuyos cimientos no están seguros. No conozco mejor medio para arreglarla que derribarla por completo y construir una nueva, pues no quiero ser como esos artesanillos que, por sentirse incapaces de emprender obras nuevas, sólo se emplean en reparar las viejas. Pero, si quieres considerar conmigo cuáles de todas las verdades son las más ciertas y fáciles de conocer por los hombres, mientras nos dedicamos a esa demolición habremos, Poliandro, de ir cavando al mismo tiempo los

cimientos que sirvan a nuestro propósito y aparejando los mejores y más sólidos materiales que se necesitan para rellenarlos.

Confianza ingenua: l sensible, n indudable que lo divino o la espiritual

Poliandro ¿Puede alguien dudar de que las cosas sensibles, quiero decir, aquellas que se ven y se tocan, son mucho más seguras que todas las demás? A mí me sorprendería muchísimo que me hicieras ver tan claramente algo así acerca de Dios o de nuestra alma.

Los sentid quien algu na vez eng ña es siem motivo de recelo

Eudoxo Eso es, no obstante, lo que espero, y lo raro es para mí que los hombres sean tan crédulos como para apoyar su ciencia sobre la certeza de los sentidos, pues nadie ignora que éstos a veces engañan y que tenemos fundada razón para desconfiar siempre de quienes alguna vez nos han engañado.

Poliandro Sé bien que los sentidos a veces engañan si están indispuestos, lo mismo que le ocurre a un enfermo cuando todos los alimentos le parecen amargos; o si se encuentran demasiado alejados, como cuando miramos las estrellas, las cuales nunca nos parecen tan grandes como realmente son; o, generalmente, cuando no actúan en libertad según la constitución de su naturaleza. Pero

todos sus defectos son muy fáciles de conocer y no me impiden estar bien seguro de que te veo ahora, de que nos estamos paseando por este jardín, de que el sol nos ilumina y, en definitiva, de que todo lo que se aparece habitualmente a mis sentidos es verdadero.

Eudoxo Ya que no basta con decirte que los sentidos nos engañan, en aquellas ocasiones en que te das cuenta de ello, para hacerte temer que lo hagan igualmente en otras, sin que puedas notarlo, quiero ir más allá para saber si no habrás visto alguna vez a tipos de ésos a quienes entra melancolía por sentirse torpones o tener alguna parte del cuerpo de enorme tamaño: jurarían ellos que lo ven y lo tocan tal como lo imaginan. Ciertamente, sería ofender a un hombre juicioso decirle que no puede tener más razón que ellos para asegurar su creencia, ya que se remite, como ellos, a lo que los sentidos y su imaginación representan. Pero no tomarás a mal que te pregunte si no estás sometido al sueño como los restantes hombres y si no puedes pensar, durmiendo, que me ves, que te paseas por este jardín, que el sol te ilumina y, en definitiva,

Otros motivos de duda:

todo aquello de lo que crees ahora estar más que absolutamente cierto. ¿Nunca has oído esta expresión de extrañeza en las comedias: *velo o duermo*? ¿Cómo podrías estar seguro de que tu vida no es un sueño continuo y que todo lo que crees percibir por tus sentidos no es falso, lo mismo ahora que mientras duermes? Sobre todo, visto que has llegado a saber que fuiste creado por un ser superior quien, siendo todopoderoso como es, no habría tenido mayor dificultad alguna en crearnos tal como digo en lugar de como tú crees ser.

el sueño;

la omnipotencia del Creador

Poliandro Desde luego, esas razones bastarían para rechazar toda la doctrina de Epistemón, si éste se parase a reflexionar atentamente acerca de ellas; pero, por lo que a mí respecta, temería desvariar en demasía, pues soy un hombre que carece de estudios y que no tiene costumbre de alejar talmente su espíritu de las cosas sensibles, suponiendo que quisiera adentrarme en consideraciones como ésas, demasiado elevadas para mí.

Epistemón También yo considero que es muy peligroso meterse en eso demasiado pronto. Esas dudas tan generales nos llevarían direc-

Distinción entre duda metódica y escepticism

tamente a la ignorancia de Sócrates o a la incertidumbre de los pirrónicos, y ésas son aguas profundas en que no me parece que pueda hacerse pie.

Eudoxo Reconozco que sería peligroso, para quienes desconocen el vado, aventurarse en él sin guía, puesto que algunos se han perdido ahí, pero no debéis temer atravesarlo en pos de mí. Pues temores semejantes han impedido a la mayoría de las gentes letradas adquirir una doctrina lo bastante sólida y segura para merecer el nombre de ciencia cuando, al suponer que aparte de las cosas sensibles nada firme había en lo que apoyar su creencia, han edificado sobre esa arena en lugar de cavar más profundo para encontrar roca o arcilla. No es aquí, pues, donde hay que detenerse: además, aun cuando no quisieras considerar las razones que acabo de darte, éstas habrán hecho ya el principal efecto que yo pretendía, si es que han sacudido tu imaginación lo bastante como para que las temas. Pues un indicio de que tu ciencia en absoluto es tan infalible está en que, haciéndote dudar de todas las cosas, temas que tales razones

Necesidad de afrontar la duda y no eludirla o proscribirla

puedan minar sus cimientos, y consiguientemente que dudes ya de aquéllas, con lo que se ha logrado mi propósito de derribar toda tu doctrina al hacerte ver que está mal asentada. Pero, para que no rehúses proseguir valerosamente, te advierto que esas dudas, que al principio te amedrentaban, son como los fantasmas y las imágenes falsas, que aparecen por la noche aprovechando la luz incierta y débil: si huyes de ellas, tu temor seguirá, pero si te acercas como si fueras a tocarlas, descubrirás que sólo hay aire y sombra y en adelante te sentirás más seguro si vuelves a toparte con ellas.

Poliandro Quiero pues, persuadido por ti, representarme esas dificultades tan intensamente como sea posible y emplear mi atención en dudar si no habré soñado todo en mi vida y si todas las ideas, que creía que sólo podían entrar en mi espíritu por la puerta de los sentidos, no se habrán formado realmente por sí solas, tal como se forman otras semejantes siempre que duermo y cuando sé bien que mis ojos están cerrados, mis orejas taponadas y, en definitiva, cuando ninguno de mis sen-

Objetivo: verificar cómo se han formado nuestras ideas y si podrían haberlo hecho por sí solas

tidos interviene en ello. Y, por consiguiente, no sólo tendría incertidumbre de que tú estás en el mundo o hay tierra o sol, sino, incluso, de que tengo ojos, orejas o cuerpo y aun de si te estoy hablando o me hablas y, por decirlo de una vez, de todo...

Radicalidad de la duda: ¿puede dudarse de que se duda?

[2]Eudoxo Hete ahí dispuesto para lo mejor, justamente en el lugar al que había decidido conducirte yo: pero ahora has de atender a las consecuencias que de ello quiero extraer. Ves, ciertamente, que puedes dudar con razón de todas las cosas cuyo conocimiento sólo te llega por obra de los sentidos, pero ¿podrías dudar de tu duda y continuar en la incertidumbre sobre si dudas o no?

Poliandro Desde luego, reconozco que esto me llena de extrañeza y que la poca perspicacia que me proporciona mi frágil buen sentido hace que me vea obligado a confesar, no sin estupor, que no sé nada con algo de certeza, sino que dudo de todo y no estoy seguro de nada. Pero ¿qué quieres concluir a partir de ello? No veo qué utilidad puede tener una extrañeza tan general ni cómo semejante duda puede ser un principio capaz de llevarnos tan lejos. Al contrario, has fijado como meta de esta conversación librarme de mis dudas y hacerme conocer las verdades que Epistemón, con todo lo sabio que es, podría desconocer.

[2] En este punto concluye la redacción en francés directamente atribuida a Descartes, hoy perdida, y comienza la continuación que, en latín, le dio Leibniz.

Quien duda, por el mero hecho de hacerlo, está él mismo seguro de existir

Eudoxo Préstame, simplemente, tu atención y te llevaré más lejos de lo que puedas imaginar. Pues a partir de esa duda universal, como a partir de un punto fijo e inmóvil, me he propuesto deducir el conocimiento de Dios, de ti mismo y de todas las cosas que existen en el mundo.

Poliandro Ésas son, en verdad, grandes promesas; si así es, bien valdrá la pena que acceda a tu petición. Atente, pues, a tus promesas, que yo seré fiel a las mías.

Eudoxo Pues, ya que no puedes negar que dudas, sino que, por el contrario, es cierto que dudas, e incluso tan cierto que no puedes dudar de ello, es igualmente cierto que tú, que dudas, eres, y esto es tan cierto que no podrás dudarlo más.

Poliandro Estoy de acuerdo contigo en este punto, puesto que si yo no fuera no podría dudar.

Eudoxo Luego eres y sabes que eres, y esto lo sabes porque dudas.

Poliandro Ciertamente, todo eso es verdadero.

Función constructiva de la duda: permite aseverar nuestro propio yo

Eudoxo Pero para que no desvíes tu propósito, avancemos poco a poco y, como he dicho, comprobarás que este camino lleva más lejos de lo que podías imaginar. Repitamos el argumento: eres y sabes que eres, y lo sabes porque sabes que dudas, pero tú, que dudas de todo y no puedes dudar de ti mismo, ¿qué eres?

Poliandro La respuesta no es difícil, y me doy buena cuenta de por qué me has preferido a Epistemón para contestar a tus preguntas: porque has decidido no plantear ninguna pregunta que no sea de muy fácil respuesta. Conque diré que soy un hombre.

La definición por diferencias específicas, base de error

Eudoxo No prestas atención a lo que te pregunto y la respuesta que me ofreces, por mucho que te parezca sencilla, te embrollaría en cuestiones muy difíciles y complicadas,

a poco que yo quisiera apurarte en ellas. En efecto, si preguntase al propio Epistemón lo que es el hombre y me respondiera, como se acostumbra en las escuelas, que el hombre es un animal racional y si, además, para explicar esos dos términos que no son menos oscuros que el primero, me condujera por todos los grados[3] que se denominan metafísicos, a buen seguro estaríamos metidos en un laberinto del que nunca lograríamos salir. De esta pregunta brotan, efectivamente, otras dos: la primera, ¿qué es un animal?; la segunda, ¿qué es ser racional? Y si, además, para explicar lo que es un animal, respondiera que es un ser vivo dotado de sensibilidad y que un ser vivo es un cuerpo animado, y que un cuerpo es una sustancia corpórea, verías inmediatamente cómo aumentarían los interrogantes y se multiplica-

Esterilidad y confusión de las clasificaciones escolásticas y las distinciones entre especies y géneros metafísicos

[3] Porfirio, filósofo griego discípulo de Plotino y neoplatónico él mismo (232-304 d. C.), escribió la «Introducción a los predicados», un comentario a las «Categorías» de Aristóteles que, bajo el nombre de «Isagogé», llegó a ser libro de estudio en las escuelas medievales: especialmente divulgada es su famosa clasificación, conocida como «árbol de Porfirio» por su apariencia gráfica, en que las sustancias metafísicas se ordenan descendentemente en razón de su universalidad.

rían como las ramas de un árbol genealógico y, para terminar, resultaría evidentísimo que todas esas grandes preguntas desembocarían en mera cháchara, que nada aclararía y nos dejaría en nuestra primitiva ignorancia.

Nostalgia de Porfirio y los métodos tradicionales de enseñanza

Epistemón Me molesta mucho verte despreciar hasta ese punto el famoso árbol de Porfirio, que siempre ha sido objeto de admiración para todos los sabios. Además, me apena que trates de enseñar a Poliandro lo que él es por método distinto del que durante tanto tiempo se ha transmitido en las escuelas. En efecto, no se ha podido hallar hasta el momento método mejor ni más apropiado para enseñarnos lo que somos que poner sucesivamente ante nuestros ojos todos los niveles que constituyen el conjunto de nuestro ser, a fin de que, subiendo y descendiendo por esos grados, podamos enterarnos de lo que tenemos en común con las otras cosas que hay en la naturaleza y en lo que respecto a ellas diferimos. Y ahí está lo más alto que nuestro conocimiento puede alcanzar.

Eudoxo Nunca he tenido ni tendré la intención de criticar el método habitual de enseñanza que prevalece en las escuelas, pues le debo lo poco que sé y gracias a él he podido reconocer la incertidumbre de cuantas cosas he aprendido en ellas. Además, aunque no hubiera aprendido de mis preceptores nada cierto, debería sin embargo darles gracias, ya que fueron ellos quienes me enseñaron a reconocerlo, y seguramente estoy más en deuda con ellos porque todo lo que me han enseñado haya sido muy dudoso de lo que estaría si hubiera sido conforme a la razón; efectivamente, en este caso tal vez me habría conformado con el asomo de razón encontrado y eso me habría hecho más perezoso en la búsqueda cuidadosa de la verdad. De modo que la advertencia que he hecho a Poliandro no pretende tanto señalarle la oscuridad y la incertidumbre en que te sume su respuesta como hacerle en el futuro más atento a mis preguntas. Reanudo mi charla y, para no alejarnos de nuestro camino, le pregunto de nuevo lo que es él, ése que puede dudar de todas las cosas pero no puede dudar de sí mismo.

Sarcasmo acerca de los beneficios de un método —el tradicional— erróneo y vano

Poliandro Creía haberte respondido ya al decir que era un hombre, pero veo que so-

brevaloré mis razones. Ahora observo, en efecto, que mi respuesta no te satisface y, hablando francamente, a estas alturas me parece insuficiente, sobre todo considerando los inconvenientes que me has hecho ver y la incertidumbre en que puede sumirme a poco que quisiera aclararla y comprenderla. Efectivamente, por mucho que diga Epistemón, hallo muchísima oscuridad en esos niveles metafísicos. Si alguien dice, por ejemplo, que *el cuerpo es una sustancia corpórea*, sin dar a conocer al mismo tiempo lo que es *sustancia corpórea*, ambas palabras —*sustancia corpórea*— en modo alguno nos harán más sabios que la palabra *cuerpo*. Asimismo, si alguien afirma que *el ser vivo es un cuerpo animado* sin haber explicado antes lo que es un *cuerpo* y lo que es *animado*, y si no obra de otra forma al tratar de los restantes niveles metafísicos, ciertamente ése tal pronuncia palabras, e incluso las pronuncia con apariencia ordenada, pero no dice nada. Pues eso no significa nada que pueda concebirse y formar en nuestro espíritu una idea clara y distinta. Además cuando, para responder a tu pregunta,

Vacuidad de las definiciones extensivas

dije que yo era un *hombre*, no tuve en cuenta todos esos entes escolásticos que desconocía, de los que nunca había oído hablar y que, creo yo, tan sólo existen en la imaginación de los que los han inventado, sino que quise hablar de las cosas que vemos, tocamos, sentimos y de las que tenemos experiencia por nosotros mismos, las cosas, en una palabra, que el más simple de los hombres sabe tan bien como el más grande filósofo del globo: es decir, que soy una especie de conjunto, compuesto de dos brazos, dos piernas, una cabeza y todas las demás partes que constituyen lo que se llama cuerpo humano, el cual, por lo demás, se alimenta, camina, siente y piensa.

A la exigencia de claridad y distinción se oponen las definiciones sustanciales

Eudoxo Ya deducía yo de tu respuesta que no habías entendido bien mi pregunta y que respondías a más de lo que yo había preguntado. Aunque en el número de cosas de las que dudas has incluido el hecho de tener brazos, piernas, cabeza y todas esas otras partes que componen la máquina del cuerpo humano, no he querido en modo alguno interrogarte sobre todas las cosas de cuya existencia no estás seguro. Dime, pues, lo que propiamente

La pregunta radical versa sobre el ser de quien duda

eres, en tanto que dudas. Pues eso es lo único que me había propuesto preguntarte, ya que fuera de eso nada puedes conocer con certeza.

Poliandro Ahora reconozco, por cierto, que me he confundido en mi respuesta y que he ido más lejos de lo necesario, puesto que no había captado suficientemente tu intención. Ello me hará más prudente en el futuro pero hace también que admire la precisión del método mediante el cual me guías, por caminos sencillos y fáciles, al conocimiento de las cosas que quieres enseñarme. Tenemos, no obstante, cierto motivo para considerar afortunado el error que he cometido, pues, gracias a él, veo perfectamente que lo que soy, en tanto que dudo, en absoluto es lo que llamo mi cuerpo. Es más, desconozco incluso que tengo cuerpo, pues me has mostrado que puedo dudarlo, y añado que tampoco puedo negar absolutamente que lo tenga. Y sin embargo, aunque dejemos plenamente todas estas suposiciones, ello no me impedirá estar seguro de existir; por el contrario, ellas mismas me confirman más

Primera «constatación»: lo que duda no es corpóreo, pues el cuerpo es, hasta ese momento, incognoscible

en la certeza que tengo de existir y de no ser un cuerpo. Por lo demás, si dudase de mi cuerpo, dudaría también de mí, lo que me resulta imposible, pues estoy completamente convencido de que existo y tan convencido estoy que de ningún modo puedo dudarlo.

Imposibilidad de dudar del propio yo

Eudoxo Dices cosas admirables y procedes tan bien que yo mismo no podría decir nada mejor a este respecto. Veo claro que sólo hay que dejarte a tu pleno albedrío, y mi única preocupación será señalarte el camino. Además, para descubrir incluso las más difíciles verdades, considero que basta, con tal que esté bien dirigido, lo que ordinariamente se denomina sentido común y, puesto que te encuentro tan bien provisto de él como yo querría, en lo sucesivo yo te mostraré tan sólo el camino que debes seguir. Así pues, continúa sacando con tus propias fuerzas las consecuencias que entraña ese primer principio.

Suficiencia del sentido común

Poliandro Tan fecundo me parece ese principio y tantas son las cosas que al mismo tiempo se me presentan, que tendré, me temo, mucha dificultad para ponerlas en orden. Sólo

Prelación en las certezas: el yo intangible antes que el cuerpo visible

el consejo que me has dado de considerar atentamente lo que soy y de no confundirlo en absoluto con lo que antaño creía yo ser ha alumbrado tanto mi espíritu y al propio tiempo suprimido tantas tinieblas que, a la luz de esta llama, percibo mejor en mí lo que no es en absoluto visible y estoy más persuadido de poseer eso, que no es tangible, que nunca estuve de poseer un cuerpo.

Eudoxo Mucho me agrada este ímpetu del alma, aunque ello haya disgustado a Epistemón, quien, hasta que no le hayas sacado de su error y pongas ante sus ojos una parte de las cosas que dices se contienen en ese principio, seguirá dispuesto a creer o al menos a temer que toda esa luz que a ti se te presenta es comparable con los fuegos fatuos que, cuando uno se acerca a ellos, se apagan y se extinguen, y a que entonces caigas nuevamente en las tinieblas precedentes, es decir, en tu ignorancia anterior. Y es que, indiscutiblemente, sería prodigioso que tú, que jamás te has dedicado a los estudios y nunca has hojeado libros de filósofos, te volvieras sabio tan pronto y con tan poca dificultad. Por

eso, no debemos sorprendernos de que Epistemón sea de ese parecer.

Epistemón He sentido esto, lo reconozco, como una transmutación del espíritu y he notado que a Poliandro, quien nunca ha reflexionado acerca de esas grandes verdades que enseña la filosofía, lo invadía tal alegría al examinar la más sencilla de todas ellas que no ha podido evitar expresártelo con esa gran exuberancia. Pero quienes como tú han hollado largamente esa senda y gastado mucho aceite[4] y trabajo en leer y releer los escritos antiguos, en desbrozar y explicar lo más espinoso que se encuentra en los filósofos, no admiran nada esas transmutaciones del espíritu ni las aprecian más que la vana esperanza de aquéllos que apenas han tenido otro trato con las matemáticas que el de asomarse a sus puertas. En efecto, éstos, en cuanto les das una línea y un círculo y les enseñas lo que es una recta y una curva, se creen que van a descubrir la cuadratura del círculo y la du-

Ironía sobre el saber superficial y los pretendidos hallazgos de la gente ingenua

[4] Haber estudiado concienzudamente en los libros: tal es la metáfora del aceite que consumen las lámparas del lector erudito.

Advertencia del riesgo de escepticismo y de la infertilidad del pretendido saber de los no instruidos

plicación del cubo. Pero ya hemos refutado tantas veces la doctrina de los pirrónicos y su método filosófico ha dado tan escaso fruto, que se ve claro que toda la vida han ido descarriados y no han podido librarse de las dudas que ellos mismos introdujeron en la filosofía, de modo que parecen haberse dedicado solamente a esto, a aprender a dudar. Así pues, aunque moleste a Poliandro, seguiré dudando de que él pueda sacar de ahí nada mejor.

Eudoxo Veo de sobra que, dirigiendo la palabra a Poliandro, quieres evitarme, aunque se aprecia claramente que tus burlas van dirigidas a mí. No obstante, que siga hablando Poliandro y ya veremos luego quién de nosotros ríe el último.

Poliandro Con mucho gusto lo haré, sobre todo porque tengo motivos para temer que este debate se caldee entre vosotros dos y que, si eleváis demasiado el nivel al acometer nuevamente la cuestión, yo no comprendería nada y, al hacerme volver sobre mis primeros pasos, me privaría de todo el fruto que anhelo recoger. Ruego, pues, a Epistemón que me

permita mantener esa esperanza mientras Eudoxo quiera llevarme de la mano por ese camino en que él mismo me ha situado.

Eudoxo Has reconocido claramente ya, al considerarte simplemente en la medida en que dudas, que no eres un cuerpo y que, por tanto, no hallas en ti ninguna de esas partes que componen la máquina del cuerpo humano, es decir, ni brazos, ni piernas, ni cabeza, ni siquiera ojos, ni orejas, ni órgano alguno que pudiera servir para un sentido cualquiera; pero mira a ver si, de igual forma, podrías rechazar las demás cosas que hace un momento incluías en la definición de hombre, tal como antes la concebías. Pues, como muy acertadamente has observado, incurriste en un afortunado error al desbordar en tu respuesta los límites de mi pregunta; gracias a ello, en efecto, puedes acceder al conocimiento de lo que eres, rechazando y separando de ti cuanto ves claramente que no te concierne y no admitiendo, aparte de lo que necesariamente te constituye, sino aquello de lo que estés tan seguro como lo estás de tu existencia y de tu duda.

Lo que pertenece de modo necesario a nuestro ser debe separarse de lo menos seguro, o sea el cuerpo y sus partes

Poliandro Me viene bien que me devuelvas a mi camino, pues no sabía ya dónde me encontraba. Dije antes que era un todo, formado de brazos, piernas, cabeza, y de todas las restantes partes que componen lo que se llama cuerpo humano, y además que caminaba, comía, sentía y pensaba. Ha hecho también falta, para considerarme simplemente tal como creo ser, que yo rechazara todas esas partes y todos esos miembros que constituyen la máquina del cuerpo humano, es decir, que me considerase sin brazos, sin piernas, sin cabeza, en una palabra, sin cuerpo. Ahora bien, lo cierto es que lo que duda en nosotros no es en absoluto eso que llamamos nuestro cuerpo; luego es cierto que yo, en tanto que dudo, ni me alimento ni ando, pues ninguno de estos dos actos puede llevarse a cabo sin cuerpo. Más aún, no puedo siquiera afirmar que yo, en tanto que dudo, pueda sentir: pues por lo mismo que se necesitan pies para caminar hacen falta ojos para ver y orejas para oír, pero, como no tengo ninguno de esos órganos, dado que no tengo cuerpo, no puedo decir, en verdad, que sienta. Además, he creído

Lo que duda no es cuerpo, ni cosa sentiente

antaño sentir en sueños muchas cosas que, sin embargo, no sentía realmente y, puesto que he decidido no admitir ahora nada si no es tan cierto como para serme imposible dudarlo, no puedo decir que yo sea una cosa sentiente, o sea, que ve con los ojos y oye con las orejas, pues podría ocurrir que yo creyera sentir así aunque nada de ello ocurriera.

Eudoxo No me queda más remedio que interrumpirte aquí, no para hacerte desandar tu camino, sino para animarte y hacerte ver cuánto puede el buen sentido cuando está bien gobernado. Efectivamente, ¿hay en todo esto algo que no sea exacto, que no se haya concluido legítimamente y que no esté correctamente deducido de sus premisas? Y, sin embargo, todo ello se dice y se lleva a cabo sin lógica, sin reglas, sin fórmulas de argumentación, mediante la sola luz de la razón y del buen sentido, que está menos expuesto a errores cuando actúa por sí solo que cuando se esfuerza ansiosamente en observar las mil reglas distintas que el ingenio y la pereza de los hombres ha inventado más para corromperlo que para perfeccionarlo. Es más, me pa-

Rectitud y consistencia del sentido común, sin precisar de las complejas y confundentes reglas de la lógica

rece que Epistemón piensa como nosotros; en efecto, si no dice nada, eso significa que aprueba lo que has dicho. Continúa, pues, Poliandro, y muéstrale hasta dónde puede llegar el buen sentido y, de paso, las consecuencias que pueden deducirse de nuestro principio.

El pensamiento, único atributo inseparable del yo

Poliandro De todos aquellos atributos que me había adjudicado, sólo falta por examinar uno, el pensamiento, y reconozco que es el único cuya naturaleza no puedo separar de mí. Pues si, cosa indudable, es cierto que dudo, no menos cierto es que pienso; en efecto, ¿qué es dudar sino pensar de una cierta manera? Y es que, desde luego, si no pensase no podría saber ni si dudo ni si existo. Sin embargo soy y sé que soy, y lo sé porque dudo, es decir, en consecuencia, porque pienso. Podría incluso ocurrir que si por un momento dejase yo de pensar, dejara al propio tiempo de ser; así pues, lo único inseparable de mí, que sé con certeza que soy y que puedo ahora afirmar sin temor de errar, es que soy una cosa que piensa.

Si dudo, es que pienso; si pienso, es que soy: soy una cosa pensante

Eudoxo ¿Qué te parece, Epistemón, lo que acaba de decir Poliandro? ¿Hallas en su razonamiento alguna cojera o inconsecuencia? ¿Habrías creído posible que un hombre iletrado y sin estudios razonase tan exactamente y fuera tan congruente en todo? En consecuencia, si no me equivoco, debes comenzar a ver que, si alguien sabe emplear bien su duda, puede extraer de ella consecuencias muy ciertas e incluso más ciertas y más útiles que todas aquéllas que construimos de ordinario sobre ese gran principio, considerado como el fundamento de todas las cosas y como el centro al que todas se orientan y en el que desembocan: *es imposible que una sola e idéntica cosa sea y no sea al mismo tiempo*. Tendré ocasión, a buen seguro, de demostrarte su utilidad. Pero no nos apartemos de nuestro tema y, para no cortarle a Poliandro el hilo de su discurso, mira a ver si tienes algo que decir u objetar.

Ventaja del dudar sobre el clásico principio lógico de no contradicción

Epistemón Puesto que me emplazas y aun me apremias, te mostraré lo que puede la lógica ofendida, al tiempo que suscito algunos inconvenientes y obstáculos de los que no sólo Poliandro sino tú mismo será dificilísimo que puedas zafarte. Así que no vayamos más allá sino, más bien, detengámonos aquí y, a pro-

La filosofía tradicional, sustancialista, reclama como condición del conocer la previa definición de las cosas

pio intento, examinemos rigurosamente tus fundamentos, tus principios y tus consecuencias pues, con ayuda de la verdadera lógica y a partir de tus propios principios, te demostraré que todo lo que ha dicho Poliandro se apoya en un fundamento ilegítimo y no concluye nada. Decías que eres, que sabes que eres y que lo sabes porque dudas y porque piensas. Pero ¿alguna vez has sabido qué es dudar o pensar? Y, ya que no quieres admitir nada de lo que no estés cierto y no conozcas perfectamente, ¿cómo, tomando como punto de apoyo fundamentos tan oscuros y tan poco seguros, puedes tener certeza de ser? Hubiera hecho falta enseñar antes a Poliandro lo que es la duda, el pensamiento, la existencia, para que su razonamiento pudiera tener poder de demostración y para que pudiera comprenderse a sí mismo antes de querer hacerse comprender por los demás.

Poliandro Desde luego, esto desborda los alcances de mi inteligencia y por ello me rindo, dejando que deshagas con Epistemón ese lío.

Eudoxo Esta vez, lo asumo con mucho gusto, pero a condición de que seas juez de nuestro

Los prejuicios y las opiniones adquiridas oscurecen la luz natural

debate. En efecto, no me atrevería a presumir que Epistemón vaya a rendirse a mis razones. Quien, como él, está lleno de opiniones y ofuscado por cien prejuicios, difícilmente se confía a la sola luz natural porque ya ha adquirido la costumbre de ceder a la autoridad antes que prestar oídos tan sólo a la voz de la razón. Él interroga a los otros y sopesa lo que han escrito los antiguos en lugar de consultarse a sí mismo sobre el juicio que debe adoptar. Más aún, al igual que desde la infancia ha tenido por razón lo que no descansaba sino sobre la autoridad de sus preceptores, así hace ahora presentando su autoridad como razón y pretendiendo que otros le rindan el mismo tributo que en otras épocas pagó él. Pero podré conformarme y creeré haber salvado ampliamente las objeciones que Epistemón te ha propuesto cuando des tu asentimiento a lo que yo te diga, si es que tu razón está convencida de ello.

Inconsistencia del «argumento de autoridad»

Epistemón No soy tan obstinado ni tan difícil de convencer, ni tan remiso a ser complacido como tú te crees. Muy al contrario, aunque tenga razones para desconfiar de Poliandro,

de buena gana confío nuestro debate a su arbitraje. Te prometo, incluso, darme por vencido tan pronto como él mismo se rinda. Pero necesita estar atento para no dejarse confundir o caer en el error que reprocha a los demás, es decir, tomar por razón convincente la estima en que te tiene.

Eudoxo Si se apoyase sobre un fundamento tan frágil, sería ciertamente desdichado, y respondo que tendrá buen cuidado de ello. Pero dejémonos de digresiones para retomar nuestro camino. Estoy de acuerdo contigo, Epistemón, en eso de que hay que saber lo que es la duda, el pensamiento, la existencia antes de estar enteramente persuadido de este razonamiento: *dudo, luego soy*; o bien, lo que es lo mismo: *pienso, luego soy*. Pero no vayas a pensar que para saberlo hace falta violentar y torturar nuestro espíritu como si, para constituir una verdadera definición, se necesitase hallar el género próximo y la diferencia específica. Eso es tarea de quien quiere ser rector o disputar en las escuelas. Mas quienquiera que desee examinar las cosas por sí mismo y las juzgue según las concibe, no puede ser de

inteligencia tan débil que carezca de luz suficiente para conocer suficientemente y aprender a distinguir necesariamente, siempre que se ocupe de ello, lo que son la duda, el pensamiento o la existencia. Además, hay muchas cosas que oscurecemos al querer definirlas, porque, como son muy sencillas y claras, no podemos conocerlas ni percibirlas mejor que por ellas mismas. Más aún, es necesario contar entre los principales errores que cabe cometer en las ciencias el de quienes quieren definir lo que sólo debe ser concebido, pues no pueden distinguir las cosas claras de las oscuras ni discernir lo que, para conocerlo, requiere y merece definirse de aquello que muy bien puede conocerse por sí mismo.

La luz natural distingue el pensamiento o la existencia sin recurrir a definiciones por géneros o especies

No creo, en efecto, que haya habido nunca alguien tan estúpido como para necesitar aprender lo que es la existencia antes de poder concluir y afirmar que él existe. Y lo mismo digo en cuanto a la duda o el pensamiento. Añado incluso que es imposible aprender esas cosas de otro modo que por uno mismo o persuadirse de otra forma que por la propia experiencia y por esta conciencia o testi-

La evidencia del pensamiento o de la duda hace ociosa su definición: se plasma en el pensar o dudar mismos

monio interior que cada cual encuentra en sí cuando se entrega a un examen cualquiera. Tanto es así que, lo mismo que es inútil definir lo blanco para hacérselo entender a un ciego y que basta abrir los ojos y ver algo blanco para saber lo que es, para conocer lo que es la duda y el pensamiento nos basta con dudar y pensar. Esto nos muestra todo lo que podemos saber a este respecto e, incluso, nos dice más que las definiciones más exactas. Es cierto, pues, que Poliandro ha tenido que conocer esas cosas antes de poder deducir de ellas las conclusiones que ha formulado. Por lo demás, ya que le hemos elegido como juez, preguntémosle si alguna vez las ha ignorado.

El pensamiento y la existencia propios son ideas evidentes, que sólo proceden de nosotros mismos y no de fuera

Poliandro Confieso el gran placer con que os he oído discutir de este asunto que no habéis podido aprender sino de mí, y no es sin gozo como, al menos en esta ocasión, veo que debéis reconocerme como vuestro preceptor y reconoceros como mis discípulos. Por eso, para sacaros a ambos de vuestro atolladero y resolver vuestra dificultad sobre la marcha (se dice, en efecto, sobre la marcha cuando algo llega fuera de toda esperanza o expectativa),

puedo certificaros que nunca he dudado de lo que es la duda, por más que no haya comenzado a conocerla o más bien a prestarle atención hasta que el propio Epistemón ha querido dudar. Apenas me mostraste la débil certeza que tenemos de la existencia de cosas cuyo conocimiento no nos llega más que por los sentidos, empecé a dudar de ellas y eso ha bastado para que surgieran al mismo tiempo mi duda y la certeza de esa duda, hasta el punto de afirmar que comencé a conocerme con certeza desde el mismo momento en que comencé a dudar. Pero mi duda y mi certeza no se referían a los mismos objetos. Pues mi duda se aplicaba solamente a las cosas que están fuera de mí, mientras que mi certeza concernía a mí duda y a mí mismo. Es, pues, cierto lo que dice Eudoxo: hay cosas que no podemos aprender sino viéndolas. Así que, para aprender lo que es la duda y lo que es el pensamiento, no hay más que dudar y pensar uno mismo. Otro tanto ocurre con la existencia: basta con saber lo que se entiende por esta palabra. En efecto, se la conoce en la medida en que podemos conocerla; y no hace

falta aquí ninguna definición, la cual oscurecería más que aclararía la propia cuestión.

Epistemón Ya que Poliandro se conforma, yo haré otro tanto y no llevaré más allá la controversia. No veo, sin embargo, que haya progresado gran cosa tras estas dos horas que hemos dedicado aquí a razonar. Todo lo que he aprendido, gracias a ese magnífico método que tú preconizas, es simplemente que él duda, piensa y es una cosa pensante. ¡Admirable, la verdad! He ahí muchas palabras para poquísimas cosas. Lo mismo hubiera podido decirse en cuatro palabras y habríamos estado todos de acuerdo. En cuanto a mí, si hubiera de gastar tanto tiempo y palabras para aprender algo de tan escasa importancia, me resignaría a duras penas. Nuestros maestros nos dicen mucho más y son mucho más de fiar; nada les detiene, de todo se ocupan, deciden acerca de todo: nada les desvía de sus designios ni les llena de extrañeza y, pase lo que pase, cuando se ven muy apurados, un equívoco o «el *distinguo*» les sacan del atolladero. Es más, ten por seguro que siempre se preferirá su método al tuyo, que duda de todo, que

Crítica de improductividad al método cartesiano, que sólo ofrece certeza de que somos cosas pensantes

tanto teme dar pasos en falso y que, dado que constantemente vacila, nunca avanza.

Eudoxo Yo no me he propuesto nunca prescribir a otros el método que deben seguir en la búsqueda de la verdad, sino tan sólo exponer el que he empleado yo para que, si parece malo, se rechace; pero si, por el contrario, parece bueno y útil, que lo empleen también otros, manteniéndose cada cual absolutamente libre de tomarlo o dejarlo. Si se me dice ahora que gracias a él he progresado poco, la experiencia es quien debe juzgarlo; pero estoy seguro de que reconocerás conmigo, con tal que sigas prestándome atención, que nunca se es demasiado prudente al establecer los principios y que, una vez establecidos éstos, cabe llevar las consecuencias mucho más lejos y fácilmente de lo que antes nos hubiéramos atrevido a imaginar. Ocurre así, en mi opinión, que todos los errores producidos en las ciencias tienen su único origen en que nuestros juicios son desde el comienzo demasiado precipitados, puesto que aceptamos como principios cosas que son oscuras y de las que no hemos tenido ninguna noción clara y dis-

Aparente prudencia doctrinal: cada uno siga su método, librement

La precipi ción, fuen de error e la ciencia

tinta. Prueba de la verdad de cuanto acabo de decir son los progresos que hemos hecho en las ciencias cuyos principios son ciertos y conocidos por todos mientras que, por el contrario, en aquellas otras cuyos principios son oscuros e inciertos, quienes quieren ser sinceros consigo mismos han de admitir que, tras haber gastado mucho tiempo y leído muchos volúmenes, se han dado cuenta de que no saben nada y que nada han aprendido. Así pues, no te extrañes en absoluto, mi querido Epistemón, si, queriendo conducir a Poliandro por un camino más seguro que el que a mí se me enseñó, soy hasta tal punto preciso y exacto que no doy por cierto sino aquello de lo que esté tan seguro como de ser, de pensar y de ser una cosa que piensa.

Prioridad de las ciencias asentadas en principios claros y distintos —matemáticas— sobre las demás

La indudabilidad del «pienso, luego soy», criterio de certeza para todo nuevo conocimiento

Epistemón Me pareces a esos acróbatas que siempre caen de pie: siempre vuelves a tu principio. Pero, si continúas así, no irás ni lejos ni rápido. Pues, en efecto, ¿cómo hallaremos verdades de las que podamos estar tan ciertos como de nuestra existencia?

Eudoxo No es tan difícil como crees, pues todas las verdades se siguen unas de otras y se

mantienen unidas mediante vínculos recíprocos. Todo el secreto está en comenzar por las primeras y más simples y avanzar luego poco a poco y como por grados hasta las más lejanas y compuestas. Ahora bien, ¿quién dudará de que lo que yo he puesto como primer principio es la primera de todas las cosas que podemos conocer sea cual sea el método? En efecto, es evidente que no podemos dudar de ello incluso aunque dudemos de la verdad de todas las cosas que hay en el mundo. Puesto que hemos comenzado bien, para no equivocarnos nada en lo sucesivo, debemos tener cuidado, como estamos haciendo, de no admitir como verdadero nada sobre lo que pueda caber la menor duda. Para esto es preciso, a mi parecer, que hable Poliandro solo. Pues, dado que no sigue a más maestro que al sentido común y su razón no está maleada por ningún falso prejuicio, es casi imposible que se equivoque o, si es que le ocurre, al menos se dará fácil cuenta de ello y podrá reencontrar sin dificultad el buen camino. Oigámosle hablar y dejémosle exponer las cosas que él mismo considera que se contienen en tu principio.

Respuesta a la crítica de circularidad solipsista

Se inicia la construcción de la noción de cosa pensante

Poliandro Son tantas las cosas contenidas en la idea de una cosa que piensa, que harían falta días enteros para explicarlas. Por ahora, nos ocuparemos sólo de las principales y de aquéllas que sirven para hacer más distinta esta idea y contribuyen a no confundirla con todo cuanto no le concierne en absoluto... Entiendo por cosa que piensa...

La búsqueda de la verdad mediante la luz natural
FUE PUBLICADA PÓSTUMAMENTE A LOS 50 AÑOS
DE LA MUERTE DE RENÉ DESCARTES,
TAMBIÉN CONOCIDO COMO
RENATO CARTESIO.